UN PARAGUAS Y UNA MÁQUINA DE COSER

Vicente Quirarte

LA ESCRITURA INVISIBLE

9786077616641

EDITORIAL
TERRACOTA

Vicente Quirarte. Nació en la ciudad de México en 1954. Es autor de libros de poemas como *El ángel es vampiro* (Premio Xavier Villaurrutia), estudios como *El azogue y la granada. Gilberto Owen en su discurso amoroso* (Premio Nacional de Ensayo Literario) y obras de teatro como *El fantasma del Hotel Alsace* (Premio "Sergio Magaña"). Parte significativa de su trabajo está dedicada a examinar las relaciones entre Historia y Literatura, ya en títulos como *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, Del monstruo considerado como una de las bellas artes, Vergüenza de los héroes, Dramaturgia de las guerras civiles y las intervenciones*, ya en ediciones que ha dedicado a viajeros mexicanos del siglo XIX. Es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución y miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Portada: © 2010, Liliana Mercenario Pomeroy, *Bridge*, óleo sobre tela, 50 × 50 cm, 2003.

Un paraguas y una máquina de coser

Un paraguas y una máquina de coser

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL
TERRACOTA

Un paraguas y una máquina de coser

Vicente Quirarte

LA ESCRITURA INVISIBLE

EDITORIAL
TERRACOTA

Primera edición: agosto de 2010

Diseño de la colección: Rocío Mireles

© 2010, Vicente Quirarte
© 2010, Editorial Terracota

ISBN: 978-607-7616-64-1

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Editorial Terracota, SA de CV
Cerrada de Félix Cuevas 14
Colonia Tlacoquemécatl del Valle
03200 México, D.F.
Tel. +52 (55) 5335 0090
info@editorialterracota.com.mx
www.editorialterracota.com.mx

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Índice

Su Majestad la Historia 15 *Asterix a Idefix, en algún lugar de Galia* 21 *Tres versiones de la noche* 25 *Historia privada de Calpulalpan* 31 *Telegramas del cinco de mayo* 36 *Un soldado de La Angostura* 40 *En busca de Tomás Mejía* 45 *Dama en Nueva York* 68 *Un paraguas y una máquina de coser* 77 *Thomas Mann en el Lido* 89 *Primer compás del Chopo* 93 *Al licenciado le gustan las mujeres* 99 *Luis de Sevilla escucha a Mozart* 108 *Milonga para el arma blanca* 111 *El enigma del otro* 125

A Juan Francisco y Rodrigo,
en su gran aventura por el túnel del tiempo

Se mezcla lo que no sucedió, que quiere mezclarse con lo que sucedió por una ley de compensación... para eso está el superhistoriador: para acoger las desvariaciones de la Historia que no fue nunca como se supuso o como dicen los documentos, sino una cosa como la tormenta y como la histeria de los amantes.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA,
Prólogo a *Juana la Loca y otras superhistorias*

...como el hallazgo fortuito
de una máquina de coser y de un paraguas
sobre una mesa de disección.

LAUTRÉAMONT,
Los cantos de Maldoror, VI

Su Majestad la Historia

En el invierno de 1965, *Visión panorámica de la Historia de México* de Martín Quirarte vio su primera edición. La alegría personal de mi padre y la colectiva de la familia se vio para mí ensombrecida por la circunstancia de que, a causa de las vacaciones, el flamante autor me impuso la tarea de resumir diariamente uno de los capítulos que integraban a su nuevo hijo. A la prosa exacta y exigente de ese libro, a su poderío sintético, debo mi inicial gozo de la Historia y la convicción de que puede ser más apasionante que todas las ficciones. Disfruto tanto las *Vidas paralelas* de Plutarco como las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob. Me emocionan más el realismo de las *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México* de José María Iglesias y la sobriedad sustantiva de los *Apuntes para mis hijos* de Benito Juárez que las ficciones de Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos.

Mis primeras lecciones de Historia no consistieron en una sucesión de nombres y fechas, sino en las caminatas con mi padre por las viejas calles del centro de la Ciudad de México, escenarios naturales de la Historia. Aquella iniciación cristalizó después en los primeros

cuentos que escribí. En 1975, con motivo de la restauración del Museo Universitario del Chopo, la entonces Dirección de Difusión Cultural de la UNAM, encabezada por Diego Valadés, convocó a un concurso de cuento sobre el edificio extrañamente hermoso que para los niños de mi tiempo forma parte de nuestras más arraigadas mitologías. Aquel bodegón, como lo bautizaría Guillermo Samperio en un cuento ejemplar, cómplice de viajes a través de las edades geológicas de la Tierra, se levantaba como un desafío por descifrar. Me interné en una investigación que tenía que ver más con el trabajo del historiador que con el del artista. Me enteré del proceso de construcción del edificio, incluidas entrevistas con los descendientes de los dueños originales del predio, como lo fue Carlota Creel; reconstruí, a través de los periódicos de la época, el desarrollo de las Fiestas del Centenario; emprendí una apasionada lectura —a la que siempre vuelvo— de *El porfirismo* de José C. Valadés y de la *Historia social de México* de Daniel Cosío Villegas. Con la lección de Claude Monet ante sus observaciones de la catedral de Rouen, emprendía visitas al viejo edificio a diferentes horas, o reconstruía a pie el trayecto que había hecho el landó del presidente Porfirio Díaz desde su casa hasta el entonces Pabellón Japonés alojado en el Palacio de Cristal del Chopo durante las fiestas del Centenario. Pocas veces he disfrutado, como entonces, el proceso de proyección, imaginación y desmesura que antecede al trabajo más ingrato, lento y a veces infructuoso de la composición. Tenía todos los elementos para reconstruir el edificio. El problema era cómo hacerlo. Cómo enfrentarse a él sin convertirlo en utilería, cómo volverlo protagónico antes que decora-

tivo. Al final, escribí tres historias que transcurrían en diferentes épocas de la Ciudad de México. La primera, la menos estrictamente literaria y acaso la más histórica, incluida en este volumen, es la crónica de la inauguración, el 4 de septiembre de 1910, del Palacio de Cristal del Chopo. El protagonista es Porfirio Díaz, aunque jamás se mencione su nombre. Mi propósito fue que a través de las acciones del texto el protagonista fuera, más que el nombre propio del caudillo, el concepto de vida que él había animado y propiciado. Visto a la distancia, el propósito de ese cuento era demostrar, con un suceso de gran fasto, lo que José C. Valadés llamó "el último día del Porfirismo".

Así como el historiador debe demostrar cada uno de sus juicios, lo mejor que puede ocurrirle a un narrador que acude a la Historia es que no se noten los andamios ni la cal, ni las fichas, ni los libros que sirvieron a su investigación. En los últimos años asistimos a un esplendor de la novela histórica, aunque gran parte de ella permanezca en el terreno de la historiografía *amateur* o en un volver a contar lo que un lector de historia, más o menos versado, ya conoce. Como señala Hayden White en su libro *Metahistory*, en el siglo XIX se solidifican los cuatro grandes nombres del realismo historiográfico: Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt. Su apogeo coincide con el de los fundadores de la novela moderna: Balzac, Dostoievski, Dickens, Flaubert. El compromiso de los novelistas con su Historia inmediata nacía de la necesidad de reconstruir, de la manera más fiel, su entorno y la explicación de los hechos. Si Balzac fue para Freud su principal maestro, el autor de *La comedia humana* tiene un muy digno lugar como antecesor de

la Historia de las Mentalidades. El ejemplo más acabado de este proceso de enfrentamiento con la realidad, y la necesidad de serle objetivamente fiel, lo encontramos en un novelista como Émile Zola. El año 1891, en medio de uno de los más rigurosos inviernos parisinos, publica su novela *El dinero*, para la cual había realizado una investigación de campo que incluyó la estancia del escritor en una casa de bolsa investigando durante cuatro meses en los lugares adecuados.

Con todo, la exhaustiva investigación no garantiza que el texto literario sea un buen aliado de la Historia. Se dice con asombro mercadotécnico que Fernando del Paso dedicó diez años de investigación para escribir *Noticias del Imperio*. Como investigación pura, acaso haya llevado lo mismo, si no es que más, *Quince Uñas y Casanova aventureros*, donde Leopoldo Zamora Plowes logra el mejor mural de la historia cotidiana del santanismo con una novela única por tener al final de cada capítulo notas exhaustivas en las que el autor da muestra del rigor histórico de cuanto aparece en el cuerpo de la ficción. En cambio, abundan las novelas donde la Historia aparece como telón de fondo, a semejanza de nuestras películas patrióticas, donde importan más los conflictos e intereses de los personajes.

De ahí que a partir del enfrentamiento entre Historia y Ficción sea posible establecer dos premisas fundamentales: no basta el nombramiento del hecho histórico para que éste tenga una transformación narrativa afortunada; el texto narrativo que guarda relación con la Historia debe trascender la anécdota de la cual parte y tener vida independiente. Para demostrarlo, tomemos como ejemplo la figura de Maximiliano, tratada

por Juan Antonio Mateos en *El Cerro de las Campanas* y por Fernando del Paso en el capítulo *Cimex Domesticus Queretari* de *Noticias del Imperio.* En el primer caso, se trata de una convención literaria donde Maximiliano es un héroe romántico, cargado de congojas más pesadas que las cadenas; Mateos adivina; su rigor es artístico y no científico. Del Paso se vale de la sátira para ofrecer un Maximiliano vanidoso, preocupado por las nimiedades, como se han encargado de demostrarlo Masseras, Kératry o Blasio.

Más que de Historia y Literatura, prefiero hablar de Historia en la Literatura, Literatura en la Historia. Todo cuanto hacemos tiene relación con la Historia, porque ella es quien determina la relación de los hechos, quien los suma, los profetiza y los resucita. Por eso Jules Michelet, ese gran feminista, llamaba a Clío *"Sa Majesté, l'Histoire"*. Y si Fernando del Paso elige a Carlota como principal protagonista de su novela es porque, más que un personaje de ficción basado en una figura real, es un símbolo de la Historia.

El retrato literario, la vida imaginaria, la historia que pudo haber sido, son algunos de los géneros, si así puede llamárseles, que más me obsesionan. No hay investigador a quien no le preocupe hacer navegar al autor objeto de su análisis por aguas que seguramente le fueron ajenas. Pero la imaginación, por desatada que parezca, no estorba a la objetividad ni a la comprobación. Contar las cosas —de acuerdo con una idea de Reinaldo Arenas en *El mundo alucinante*— como fueron, como pudieron haber sido, como me gustaría que hubieran sido. Tras la suma de datos y un doble proceso de purificación, debemos confiar en nuestra intuición

para decir lo que es posible o imposible. En una entrevista a Jorge Ibargüengoitia, el periodista comentaba con extrañeza que en casa del escritor había muy pocos libros, casi todos ellos de Historia. Su buena lectura, en ambos sentidos del término, sirvió a Ibargüengoitia para reescribir la broncínea Historia de México con una de nuestras plumas más corteses y temibles.

Los textos que forman este libro comparten la objetividad y la imaginación. No he querido retirar los andamios en casos en los que la participación del narrador o del ensayista es tan necesaria como la del propio lector. Me anima a reunir textos de varia procedencia y diversos tiempos la afirmación que Edmundo O'Gorman hizo ante la epifanía de unos huevos rancheros y un cielo sin adjetivos en Cuernavaca: la imaginación es la virtud más grande del historiador. La enorme autoridad de O'Gorman, cimentada en algunos de los libros mejor escritos de nuestra historiografía, me reveló en ese momento lo que me hubiera llevado mucho más tiempo comprender. No me atreví a añadir, pero lo asiento ahora, que la Historia es madre de la imaginación. Tan poderosa, mágica y sorpresiva como la ficción, nos espera para que volvamos a contarla. Inagotable y cíclica, renovada y polémica, la Historia resucita con alas de la imaginación para que podamos pisar tierra firme.

Tlacopac, San Ángel, invierno de 2009

Asterix a Idefix, en algún lugar de Galia

A Juan Francisco Villarreal Witt

Acércate, Idefix. Déjame hablarte para hablar conmigo; ayúdame, con tu silencio, a ordenar mis palabras. Que tu compañía sea benévola a Tutatis y puedan mi valor y prudencia comunicar a Obelix noticias que llegan de otro reino, de una forma distinta de transcurso. A ti, que ahora me miras y me atiendes pero en el siguiente instante te lanzarás a husmear por los rincones, fiel al instinto de tu casta, nada te dice la noticia de que ha muerto René Goscinny. Ésa y no otra es la nueva que debe necesariamente enturbiar la alegría de tu Obelix, quien ahora canta y reúne leña para celebrar aquí y ahora el sacrificio de otro jabalí.

Morirse, Idefix, tiene que ver con todo esto de durar en el espacio, de moverse en el tiempo. Estamos aquí, pero al siguiente instante ya no, como los primeros trazos del lápiz de nuestro padre Uderzo o los iniciales borradores que la pluma de Goscinny trazaba, mientras ambos locos agotaban libros de arquitectura, anales, tratados de hechicería, para así crear para nosotros el mundo que tenemos. Yo hubiera querido ocultar

todo el tiempo la noticia a nuestro compañero Obelix, pero ya he sabido que Uderzo, solitario, nos prepara una nueva aventura. Se llamará, sencillamente, *La Odisea de Asterix*, y aunque sea mi nombre el que aparece en cubierta, será, como siempre, aventura de los tres, de mí, de Obelix y tuya, Idefix.

Morir es apartarse, ya no estar. Seguimos siendo en los otros y la muerte es el principio de una forma de vivir en los que aún no parten. Uno llega y se instala en el mundo, Idefix. Nunca has temido a los colmillos de los jabalíes ni al acero romano. Ni siquiera a la tempestad que de pronto parece aproximar el cielo a nuestras cabezas. Pero, ¿qué hubiera pasado si la goma de Udérzo decide borrarte tras los primeros trazos?, ¿qué si la tinta no te fija para darte nombre y movimiento? Fue en la aventura *La vuelta a la Galia* donde Obelix y yo recorríamos toda nuestra tierra, tras romper el cerco romano, recolectando alimentos y bebidas de Lutecia y de pronto, sin que nosotros lo descubriéramos, estabas ahí. A lo largo del resto del viaje nos seguiste, aunque nunca te notamos. Querías ser domesticado y en silencio sufriste persecuciones de romanos y ocasionales asilos de nuestros compatriotas. Sólo al final, tras la vuelta triunfal a la aldea, nuevamente humillado el orgullo de César y a punto de dar comienzo el banquete de bienvenida, ladraste. En ese ladrido te reconoció Obelix, aunque reparara en ti por primera vez. Esto bastaría, pequeño Idefix, para que tuvieras una deuda perpetua con quien te creó. ¿Fue Goscinny o Uderzo quien decidió ponerte en escena sin preámbulo y obligar al que está más allá de la página a mirar dos veces? El amor es así. Agotamos los ojos y nunca acabamos de mirar.

El objeto o la criatura está ahí, pero no es. ¿Recuerdas la aventura *Asterix legionario*, donde Obelix mira por primera vez a Falbala, hija de Platanix, tras haberla visto antes mil veces? Te enfureciste y te alejaste. Eso se llama, en nuestro humano lenguaje, celos. Son una forma de amor por que tú, como amigo de Obelix, no soportabas verlo suspirar, ignorar la cacería de jabalíes, trepar a los árboles. Cuando llegó el instante decisivo, y Falbala nos dijo que era preciso rescatar a su prometido Tragicomix, Obelix se portó como un celta. Partido el corazón, pero los músculos y el alma templados, como si todos los días fueran lunes y en cada una de ellos el mundo se limpiara.

¿Cómo se va la gente, Idefix? ¿Cómo se fue de aquí nuestro René Goscinny? Tú, que no piensas en la muerte, te marcharás sin saberlo. Mientras estemos aquí, nuestra misión es vivir, cantar, comer y hacer trabajos. Luchar por mantenernos libres y hacerles la vida imposible a los romanos. ¿Qué sería del pobre enemigo sin nosotros? Comprende que te hablo para hablar conmigo, para decir mejor lo que debo comunicar a Obelix. Él, que es tan sentimental como su vientre, su fuerza y su apetito, hará cimbrar con sus lamentos a la aldea. Permíteme entonces, por Tutatis, antes de que el cielo caiga sobre nuestras cabezas, ensayar el discurso que separa la vida de la muerte. No bordear la noticia con circunloquios del tipo "Goscinny había estado muy enfermo y...." Mejor lleguemos firmes y digamos al compañero Obelix que ahora debemos actuar con la vida que nos han dado: seguir hablando de tú a Julio César; enfrentar a los romanos; custodiar la sapiencia de nuestro druida; no estar de acuerdo en nimiedades

y pelear entre nosotros para fortalecer la unión. Todo eso y más lo quiso Goscinny y ahora lo quiere Uderzo, nuestro padre supérstite. Goscinny ya no está pero es y nosotros debemos vivir por él, pues gracias a él estamos vivos. El amor, la amistad, los afectos todos, son así. Una mujer muy sabia, que también se ha ido, escribió que la aventura más peligrosa es vivir. En cada una de nuestras aventuras lo hemos comprobado y los amigos que nos acompañaron en ellas nos ensancharon el corazón, y al partir, parece que lo dejaran en tinieblas. ¿Cómo remediarlo?

Por lo pronto, tengo noticias fidedignas de que Uderzo maneja ahora doble pluma, la del que escribe y la del que dibuja. Pronto saldremos de viaje hacia un lugar remoto. Panoramix, nuestro druida, anunciará la falta de aceite de roca, el *petro oleum* necesario para fabricar la poción mágica que nos hace invencibles. Nuestro destino es un lugar situado entre dos ríos, llamado Mesopotamia. Como civilizados salvajes que son, los romanos tratarán de impedirnos la llegada y no vacilarán en envenenar los mares, corromper a los hombres, pasar sobre sus propias leyes con tal de detenernos. A pesar del obstáculo, gracias a él, embarcaremos en nave fenicia; venceremos, como es costumbre, a los piratas, cruzaremos desiertos, padeceremos sed, pero dormiremos bajo las estrellas en un pajar de Belén donde conoceremos una paz incomparable. Quiera Tutatis que esa paz no la rompa la codicia de los hombres. El druida Panoramix vaticina que en el futuro ese aceite de piedra será como los mármoles y el oro que ahora quitan el sueño a los romanos.

Tres versiones de la noche

Blas Botello, astrólogo judiciario

Lo que el astrólogo descubre en la inmanencia del cielo, ha de callarlo el soldado en las mutaciones de la tierra. Entre las alturas y el polvo del sendero, todo está por decidirse. Bajo la lluvia fina, el estruendo de armas, arneses, humanas voluntades se concentra en el patio de Axayácatl; bajo estrellas cuyo augurio es entorpecido por las nubes, se dispone la masa de metales, sudores y maderos. Al tiempo que vigila personalmente el orden de la marcha, el capitán Cortés mira, de cuando en cuando, mi semblante; intenta traducir mis gestos, confirmar las palabras que apenas hace unas horas lo decidieron a dejar la ciudad durante la noche. Y yo, Blas Botello, astrólogo judiciario, obediente a los signos trazados en el cielo que regulan los actos de los hombres, me mantengo imperturbable. No moví un músculo del rostro cuando nuestro capitán, creyente en el poder probado de su acero, mas temeroso de las fuerzas intangibles, me preguntó por el número ocho. Le dije es propicio, capitán, libraremos las ocho zanjas que nos separan del pueblo de Tacuba; llegaremos auxiliados por el cielo y

los hombres de Magarino, encargados de transportar el puente con ayuda del cual abandonaremos esta ciudad que no nos quiere. No he dicho, no digo, no diré que en la alforja llevo la tabla adivinatoria, donde todo está escrito: "Morirás. No morirás", repito en voz baja, ignorando y sabiendo el desenlace. Esta ciudad caerá. Lo dijeron los astros, y se consumará su ardiente profecía. Pero ese futuro, primero de sangre y fuego, más tarde de ambiciones nunca satisfechas, no lo verán mis ojos. Consuelo será morir llevándose en los ojos la mañana en que cruzamos por vez primera las puertas de esta ciudad espléndida, nuestras armaduras resplandecientes como el sol de Anáhuac.

Los doscientos infantes de Gonzalo de Sandoval se disponen a romper la marcha. Escucho los cascos de los caballos, las ruedas de artillería, el roce de los pies descalzos de nuestros aliados tlaxcaltecas. Ya vislumbro el futuro inmediato que en unos momentos hará resucitar a la ciudad dormida. Ya mi sexto sentido tortura a los otros cinco para armar el mapa irrevocable de la muerte. Toco uno de los muros encalados del Palacio, no en busca de apoyo, sino para despedirme de todo cuanto aún es doméstico, entrañable, conocido. Más allá de esta puerta comienza el hoyo negro. El resto de la tropa mira el despliegue de la gran calzada de Tlacopan. Yo estoy condenado a mirar lo que, sin ser aún, ya es historia. Escucho a la ciudad resucitar como una hembra herida, excitada por el ulular profundo de los caracoles. Miro el cielo oscurecido por la lluvia de las flechas que comienza a diezmarnos; escucho el choque de los metales nuestros contra las armas de piedra de los otros; me invade el olor helado del desastre, el sálvese

quien pueda que clausura el honor militar, la disciplina, el temor a Dios, para dejar sitio a la criatura humana de carne y hueso, estúpida, cobarde, más que frágil. Y lo último que escucho es el grito del caballero águila que te desgarra el pecho con su obsidiana, negra y brillante como las aguas de la ciudad que reciben tu cuerpo.

La mujer del cántaro

He llegado al canal durante la noche. Cuando las sombras limpian de huellas humanas la ciudad, bajo con mi cántaro para llenarlo de agua. Canal de Tecpantizinco, dulce es tu nombre como el agua que llevas. Con tu música clara suena en este barro que inundará después mi corazón. Apaga mi sed como mis ansias. Agua madre, he salido de noche para oírte relatar la historia de nuestra ciudad eterna. He venido para que me cuentes sobre mis padres y los padres de mis padres. Ellos vencieron pantanos, islas, bancos de arena para levantar la ciudad, ahora amenazada por los teúles encerrados en el Palacio de Axayácatl. Nadie podrá tomar una ciudad cuya grandeza continúa en los pechos fecundos de sus mujeres, en los tensos brazos de sus mancebos. Los primeros mexicas levantaron estos templos y los nuevos habrán de defenderlos. Tú entiendes mis palabras, ciudad, porque eres también mujer. Nacida de la confluencia de los astros, en cuatro repartida como mis cuatro miembros y en el centro tu fuego sagrado, incandescente. Déjame hablarte como si fueras, tú, tan grandiosa, mi pequeña. Mientras hundo mi cántaro en tus aguas, te siento palpitar. Aunque los hombres duerman, tú vigilas. Aunque los animales sueñen, tú caminas. Aunque en los teocallis se extingan las hogueras, tú ardes. Estás en pie de guerra

aunque los caballeros águila hayan cedido al cansancio y se hayan entregado al sueño sin quitarse el traje, con armas y escudos en las manos. Multiplicas verdores para que no nos falten alimentos, para que los invasores salgan, cercados por el hambre, y nuestros batallones los acaben. Comienza a caer una lluvia fina y estoy en ti, mi ciudad, entre dos aguas. Me bendice la altura y este dominio donde me das tu cuerpo en este cántaro. Y cuando estoy pronta a volver sobre mis pasos, algo que no eres tú me detiene. Se han abierto las puertas del Palacio de Axayácatl y otra vez tus calles son holladas por huellas forasteras. Entonces grito contigo, ciudad, y mi alarma la repiten mil gargantas. Y mi voz es tu voz, ciudad, tu gente y tus guerreros. Que el amor que te tengo, Tenochtitlan, para los otros se transforme en odio. Esta noche borrarás de tu entraña a quienes no te merecen, a quienes no deben tenerte.

El testimonio del guerrero

Lo sabe mi corazón: las raíces de mi padre pronto ya no estarán sobre esta tierra. Es la madrugada del tercer día de la veintena Tecunilhuitontli. Aunque ha terminado la batalla, el aire parece prolongar el choque de las armas, el aullido de los guerreros de mi raza, las maldiciones incomprensibles de los teúles a los que hemos batido durante nueve jornadas.

Mis escasos años aún no han empuñado las armas ni conocen las artes de la guerra. Pero los más ancianos me han traído a esta cámara donde mi padre vive sus últimos instantes. Ellos me hacen repetir una y otra vez lo que habré de transmitir a los de mi raza. Mi sangre, más que la memoria, registra los actos de la noche.

Recuerda que tu padre fue, además de Tlacochcálcatl, hombre sabio. Él aprendió a hacer terrenas las armas ofensivas del intruso; él miró más allá de las cosas y con el tiempo supo que las varas de fuego no eran dioses; él fue de los primeros en arrojarse al sueño al oír el estruendo y mirar la flama en boca de los que llaman cañones. Más tarde, su risa al no ser tocado por la muerte fue imitada por los nuestros. Así aprendieron que las bestias cuadrúpedas no eran inmortales y que las hojas de obsidiana del micuáhuitl podían herir como las armas de los teúles diezmaban a los nuestros. Tu padre aprendió también, antes que nadie, que ellos temían, sobre todas nuestras armas, el tlacohtli y perfeccionó el arte de lanzar los dardos a las partes desnudas.

Ten presente que la ciudad fue nuestra primera aliada: calles y canales de la Gran Tenochtitlan entorpecían la marcha de sus bestias y sus armas. La ciudad fue así otro guerrero y por eso le debes reverencia. Nos costó muchos hombres la victoria: los nuestros aprendieron que de nada servían los escudos ante las nuevas armas. Pasaron a luchar como nubes, a cerrarse y formar un solo cuerpo. Aprende, como ellos, que el yo no existe. Ellos cayeron para preservar la ciudad que ahora es tuya.

Recuerda que en días anteriores a esta noche, durante la fiesta del Tóxcatl, donde el cruel que llaman Pedro de Alvarado, y que nosotros nombramos Tonatiuh, mató a los tuyos. La paciencia no pudo más y los nuestros atacaron con nueva furia a los teúles. Todos los hombres con armas en la mano se pusieron al servicio de la guerra en defensa de la ciudad. Aun los acolhua y los tepaneca estuvieron con nosotros. Mantén en tus

oídos, graba en tu memoria el caracol que sonó alarma la noche de la huida. A pesar de los cuerpos fatigados, el sonido que convocaba a la guerra fue como música de fiesta. Recuerda la lluvia del cielo y aquella que nosotros hicimos, la de piedras, varas, flechas que dejamos caer sobre sus cuerpos. Allí cayeron hombres y bestias, armas y oro de nuestros templos. Los canales de la ciudad cegaron la codicia.

No olvides esta noche. Nunca como en ella los dioses estuvieron con nosotros. Recuerda, sobre todo, el momento en que tu padre entra en la región donde de algún modo se vive. Para consuelo de tus lágrimas, para alivio de tu corazón, recuerda el llanto del capitán de los teúles al pie del ahuéhuetl donde miró pasar su ejército vencido. Bajo ese árbol en el que algunos dicen que lo vieron llorar, haremos la gran fiesta. Conserva esta noche en tu memoria como la más alegre de nuestra desdicha, la noche en que vuelve a ser nuestra la ciudad que has de defender, porque la guerra apenas da comienzo.

Historia privada de Calpulalpan

El nombre de Juan Martín del Alcázar aparece consignado en la correspondencia privada del general Felipe Berriozábal, comandante de la brigada México en la batalla de Calpulalpan. En ella figura como distinguido teniente de Caballería en el combate librado la mañana del 22 de diciembre de 1860 entre los ejércitos de Jesús González Ortega y Miguel Miramón, que culminó con la victoria del primero, lo cual dio como resultado el fin de la Guerra de Reforma y el triunfo de la causa liberal.

A diferencia de otros que abrazaron las armas por convicción política, Alcázar siempre llegó tarde al lugar de los hechos. Tenía casi cuarenta años cuando sus compañeros apenas rebasaban la veintena. Ellos se autonombraban la barbarie y entre burlas y veras llamaban a Alcázar el Civilizado. En el momento preciso, cerraban filas para aceptar el adjetivo "la canalla", utilizado por los conservadores para designar a los liberales.

A Alcázar lo cimbraron dos hechos de manera simultánea: la guerra y el amor. La primera fue desencadenada cuando la Reforma no podía esperar más y para

consumarla hubo que trasladarla al terreno militar. El segundo fue provocado por Luz Contreras Flannagan. Alcázar entró en ella con el deslumbramiento cauteloso de quien cree poder disfrutar de la belleza sin la sed de aprehenderla y volcó en esa pasión la experiencia sentimental que le faltaba. En Luz Contreras confluían los dos mares de México. Sobrina del general Juan Álvarez, por sus venas finísimas corría el trópico acapulqueño y el pirata que en Campeche había raptado a su bisabuela le había dejado en los ojos un mar sereno y convulsivo. La primera ocasión en que se lo dijo, Alcázar supo, por la manera en que Luz le respondió con la mirada, que nadie volvería a repetírselo y que él se moriría cuando sus palabras dejaran de tener el efecto aterrador y angélico que en ese momento provocaban. Ser mirado por Luz, embeberse en su aura y sentirla para siempre parte de su vida fueron para Alcázar acciones instantáneas e indelebles. Su mirada existía para repetir en el aire el quiebre de la cintura de Luz al traspasar la puerta: nunca el amor le había dado tanto entusiasmo como esas mañanas cuando despertaba a su lado y abandonaba la alcoba de Luz en Tacubaya para salir a la ciudad de madrugada, el cuerpo fortalecido en la muchacha. En esas excursiones al alba descubrió que la ciudad es mujer y dio comienzo a su *Tratado de anatomía urbana*, perdido al igual que los otros papeles que llevaba consigo en la acción de Calpulapan.

Nunca fue tan cuidadosa la caligrafía de Alcázar y nunca tan abiertas sus palabras como en aquellos pliegos que redactaba en cuanto llegaba a la oficina y enviaba, con un propio, cartas a las cuales ella correspondía con una pasión creciente, interrumpiendo las horas burocrá-

ticas de Alcázar con una papaya fresca y abierta que le enviaba con su criada, junto con una nota donde le recomendaba devorar el fruto con la misma avidez con que la había devorado durante la noche. Como sucede en todas las historias de amor ajenas, la pasión de Alcázar era vivida jocosamente por sus amigos. Sin embargo, nunca dejaron de lamentar el extravío de las cartas eróticas de Alcázar, tan diferentes, afirman, a los melosos epistolarios decimonónicos que conocemos.

Pero el amor o eso que así llamamos se termina, y Luz Contreras Flannagan retrocedió en sus pasiones, al tiempo que el ejército de línea se agrupaba en torno a Miramón y los gobernadores de los estados juaristas integraban el ejército liberal. Termómetro infalible del clima político, la guerra civil hizo ver a Luz no tanto lo que quería como lo que no quería. Cuando comunicó a Alcázar su decisión de no verlo más, él no dudó un solo instante que iba a morirse. Supo que si peleaba por Luz lo haría del modo en que lo hacen los desesperados: torpemente, con la artillería vuelta hacia él. Entre el ridículo y la gloria, eligió la segunda. Junto con sus amigos, asistió al apresurado entrenamiento militar que la causa liberal daba a su improvisado ejército. Alcázar era el primero en enfurecerse con él mismo al no poder concentrarse. La palpitación del caballo bajo sus muslos le recordaba la interminable grupa de Luz Contreras.

Desde los iniciales enfrentamientos con los conservadores, Alcázar estuvo siempre en la primera línea de combate. Nadie rompía con más violencia las filas enemigas y era temido hasta por los lanceros de Tomás Mejía, veteranos en la guerra contra los apaches. Concluida la batalla, Alcázar se guardaba, amargo, el pesado

sable de caballería, con el dolor de sentir que su dureza no entraba más en Luz Contreras. Al contrario de otros enfermos de males semejantes que enviaban a sus novias cartas donde las amenazaban con morirse en el frente, Alcázar no mencionó más el nombre de Luz. Fiel a su idea del amor, eligió el fuego solitario de la soberbia. Tras la victoria de Santos Degollado en Guadalajara, cuando la tropa había hecho honores al tequila más allá de la cuenta, alguien decidió llevar a la tienda de su jefe Alcázar a una muchacha de piel acanelada, famosa entre la tropa por la manera en que se pasaba el rebozo de seda por el cuerpo, para que sus amantes compararan ambas tersuras. Al tener el prodigio ante sus ojos y negarse a tocarlo, Alcázar supo que nunca se curaría.

En la Ciudad de México, Luz Contreras Flannagan fue la primera sorprendida ante la partida de Alcázar. Con los pies más firmes en la tierra, trató de resucitar. Modificó el orden de los muebles en su alcoba, releyó y dobló y encordeló las cartas de Alcázar. Lo lloró esa tarde pero al día siguiente la vida estaba ahí, preparada para recibir el ritmo de Luz, el modo musical y sinuoso como penetraba en el día.

A punto de dar las diez de la mañana del 22 de diciembre, mientras Juan Martín del Alcázar encabezaba en los llanos de Calpulalpan la carga decisiva contra los últimos restos del ejército conservador, Luz abrió la ventana de su cuarto y supo que la armonía de su conciencia era semejante a la de la mañana suspendida en el aire prodigioso de la capital. A esa hora, Alcázar también encontraba la paz. Cercado en una nopalera por los soldados de Tomás Mejía, sintió una a una las heridas. Quiso que dolieran, que la vida se fuera intensamente,

con la misma violencia con la cual Luz Contreras Flannagan había entrado en él. Una semana después el ejército liberal hacía su entrada en la Ciudad de México. Luz Contreras Flannagan nunca se enteró de la muerte de Alcázar.

Telegramas del 5 de mayo

Desde el imperturbable presidente Juárez hasta el lépero que al caer la tarde recoge la basura de la redacción de *El Siglo XIX*, los doscientos mil habitantes de la capital esperábamos con ansia noticias del cuartel del Ejército de Oriente en la ciudad de Puebla. Ni la tarde en que por un milagro escapé de la tropa de Márquez y de ser otro de los mártires de Tacubaya; ni la madrugada en que me despertó el tableteo Morse para comunicar la derrota de los conservadores en Calpulapan; ni cuando los chinacos de González Ortega irrumpieron en mi oficina para llevarme al desfile triunfal porque, decían, yo había hecho la guerra a su lado, mi corazón retumbó con la violencia de la tarde del 5 de mayo de 1862. A las cinco horas y cuarenta y nueve minutos de ese día el telégrafo tecleaba en el idioma que soy el primero en descifrar. Éramos tres en la oficina, además del aparato telegráfico: yo, su operador y el muchacho que lleva los mensajes al despacho del ministro de la Guerra.

A pesar de que estoy a cargo del telégrafo desde 1849, no he perdido, con el tiempo, un viejo hábito: concentrado en los golpes espaciados del aparato, no atien-

do de inmediato al significado del mensaje; transcribo de manera automática ese idioma personal para traducirlo fielmente al lenguaje en que decimos: "Estoy vivo. Te quiero. Llego mañana." En esa ocasión el proceso fue aún más lento. Para convencerme de que el texto del telegrama no era una broma pesada, le pasé la transcripción al muchacho, que me miraba con expectación y angustia. "Toma, lee tú." Entonces escuché, a través de su lectura vacilante, la noticia que tardaríamos varios días en asimilar. Con su sencillez y modestia inconfundibles, el general Ignacio Zaragoza mandaba decir: "Las armas del supremo gobierno se han cubierto de gloria: el enemigo ha hecho esfuerzos supremos por apoderarse del cerro de Guadalupe, que atacó por el oriente a derecha e izquierda durante tres horas; fue rechazado tres veces en completa dispersión y en estos momentos está formado en batalla, fuerte de más de cuatro mil hombres, frente al cerro fuera de tiro."

No vi la reacción de los ministros de Juárez ni la del presidente al recibir la noticia. Mi privilegio fue ser testigo del estupor y la alegría de ese muchacho. Nos abrazamos y salimos al balcón para gritarles a cuantos pasaban que los mejores soldados del mundo habían sido vencidos por una tropa de descalzos y malcomidos. Dos horas más tarde, cuando en la minúscula oficina del telégrafo no cabía un alma, entre los músicos y las botellas, llegó el segundo telegrama, en el mismo estilo conciso y sin alardes: "Estoy muy contento con el comportamiento de mis generales y mis soldados. Todos se han portado bien. Los franceses han llevado una lección muy severa; pero en obsequio de la verdad diré: se han batido como bravos."

Los días siguientes, Puebla se convirtió en la capital sentimental de la República. La Ciudad de México aceptaba pasar a segundo plano para tributarle los mayores elogios a la plaza defensora del orgullo republicano. Lorencez se apresuró a decir que las palabras de Zaragoza estaban inflamadas de pomposidad, pero hasta los antisolemnes redactores de *La Orquesta* celebraban el verdadero y antirretórico "Las armas nacionales se han cubierto de gloria". El terrible grafito de Constantino Escalante se sumó al homenaje con el dibujo de un chinaco que derriba el castillo de naipes de Lorencez, mientras Saligny llora inconsolable ante la huida de un huevo alado que representa los bonos Jecker.

La capital vio una sola vez a Zaragoza, aquella tarde de agosto en que nos volcamos a las calles para la gran concentración en la Alameda, en homenaje al general de treinta y tres años que se había comprometido a la resistencia, pero no había prometido la victoria. Mi asistente recordó aquella Navidad del año sesenta, cuando casi nadie conocía a Zaragoza y lo vimos entrar, muy de mañana, acompañado de unos cuantos oficiales, como vanguardia del ejército republicano y para organizar, callado y eficiente, el desfile de la victoria. Desde ese día nos impresionaron su persona y su carácter, tan semejantes a los de Santos Degollado, con sus lentes de profesor de escuela, sus maneras pausadas, la sonrisa apenas dibujada en el rostro. En los teatros Nacional y Principal, la victoria de Puebla se había convertido en tema obligado y representación; Guillermo Prieto leía un poema alusivo en sesión solemne; se escenificaba *El tirano doméstico,* de Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio; Hesiquio Iriarte se dirigía a Puebla para litogra-

fiar *in situ* el escenario de la batalla; Samuel Wilson, el aeronauta de San Francisco, organizaba ascensiones en globo cuyas ganancias se destinarían a los hospitales de sangre del Ejército de Oriente; cada estado de la República organizaba una colecta para obsequiar a Zaragoza con una espada de honor. La capital agradecía sinceramente. En el fondo, la niña mimada se curaba en salud. ¿Cuántos de los mexicanos concentrados en la Alameda que vitoreaban al joven general, eran verdaderos partidarios de la República?

Han pasado cuatro meses desde aquel día en que recuperamos la dignidad y a pesar de que por el Atlántico vienen refuerzos para el ejército francés, esta ciudad parece ignorarlo. Junto a mí se encuentra Francisco Zarco para llevar personalmente el texto del siguiente telegrama a la redacción de *El Siglo XIX*. Esperamos la confirmación de que el tifo se ha llevado de entre nosotros al general Zaragoza, mientras la capital prosigue sus afanes, ajena en apariencia a lo que ocurre. Qué absurdo, qué vulgar, qué triste, que una gran muerte no impida que las danzas habaneras de don Eusebio Delgado se sigan vendiendo en el repertorio de los señores Nagel ni que deje de consignarse la pérdida de un niño de nombre Adolfo en el Portal de Santo Domingo, ni que Felipe Rojas ofrezca sus burros aparejados en la Plazuela de San Pablo. En la mañana clarísima de septiembre, que parece negar la presencia de la muerte, el telégrafo comienza a decirme que el general de treinta y tres años es uno más de los elegidos por los dioses.

Un soldado de La Angostura

Verano de 1876. Un hombre se detiene ante la casa número 9 en la calle de Vergara. Después de llamar tres veces, repasa el labrado de la cantería de los cuatro balcones, formas memorizadas a fuerza de contemplarlas sin atreverse antes, como esta tarde, a interrumpir el silencio del portón. La luz crepuscular que invade todo el cielo realza las cúpulas y la verdura de los árboles, alcanza aun el amplio patio donde el hombre expresa su deseo de hablar con el dueño de la casa, al tiempo que muestra el estuche, semejante a los utilizados para instrumentos musicales, que porta bajo el brazo.

Hoy el estómago de Su Excelencia se halla de buen talante y, por una razón que el engañoso azar ha calculado, otorga su venia para recibir al desconocido. Otras veces se da el lujo de negarse con displicencia a quienes hacen antesala en requerimiento de la atención del hombre necesario. Por el real que les paga diariamente doña Dolores Tosta, son capaces de repetir el gesto ceremonial, la puesta en escena de cuando el gobierno era un hombre y la República semejaba formalmente la más aparatosa de las monarquías.

De acuerdo con instrucciones de la sirvienta, el hombre entra en la sala. Lo conmueve la modestia del ajuar, pero más lo cimbra descubrir el gran óleo donde el dueño de la casa aparece montado en su inconfundible caballo blanco. Un taconeo irregular le produce un segundo estremecimiento: los ochenta y dos años del general Antonio López de Santa Anna ocupan el marco de esa habitación donde casi todas las tardes se integra la tertulia con su cuñado Bonifacio Tosta y sus amigos Miguel Mosso y Miguel Andrade.

El visitante no evita saludar marcialmente al anciano, a quien no puede imaginar sino levantando ejércitos y dirigiendo batallas. Para ya no mirar a los ingratos que niegan conocerlo, el general se ha resistido a las curaciones contra las cataratas recetadas por el doctor Guillermo Hay. No obstante la semipenumbra en la que habita, el general reconoce a uno de los suyos en la presteza de los músculos, en el estiramiento corporal de quien siente el orgullo de reconocer por instinto al superior. Y aunque el hombre tiene casi la edad de su general, éste no puede evitar, conmovido, un siéntate muchacho, dime qué te trae a ver a tu antiguo jefe.

El visitante, que declaró ser sargento del ejército mexicano, puso la mano izquierda en el estuche y dijo le traigo esto que es suyo, pero antes de abrirlo permita mi general que abra ante usted esta otra caja, y se tocaba el pecho. Y dijo que aunque le dolía verlo a él, general divisionario, rechazado por todos, había esperado este preciso momento para visitarlo, para que no pensara que el objeto de su visita obedecía a los intereses mezquinos de todos los oportunistas encumbrados durante los años de oro del santanismo porque los amigos, Su Excelencia, se co-

nocen en la desgracia y en la cárcel. Y como el general, contra su costumbre de gozar las alabanzas, le sugiriera ir al grano, el sargento pareció cobrar nuevos bríos y continuó: perdone mi elocuencia pero es una de sus lecciones, mi general, si no fuera por sus proclamas que mascábamos junto con el aire helado de aquellos primeros meses de 1847, sus muertos de hambre, sus juanes sin tierra que deseaban conservarla y pelear por ella no hubiéramos llegado a La Angostura. Y le dijo si nos hubiera matado la granada venturosa, mi jefe, si la bala del gringo nos hubiera tumbado en la batalla, usted estaría en la memoria agradecida de la patria.

Y continuó diciendo que a la caída de Santa Anna se había retirado de las armas porque no me gustaba, general, ver la ciudad invadida por los pintos de Juan Álvarez, caricaturas de los soldados que nos hicimos defendiendo la patria de los de afuera y a veces también los de dentro, pero que años más tarde, cuando me di cuenta de que los gringos nos la querían repetir ahora vestidos de franceses, volví a tomar las armas y participé en las guerrillas del viejo Álvarez por el sur del país. Y que aunque le resultara difícil creerlo, mi general, ante cualquier acción me preguntaba ¿cómo hubiera actuado aquí mi general Santa Anna, cómo nos levantaría el ánimo su paso en revista?

El general agradeció que su sillón estuviera del lado de la sombra y no pudiera advertirse el principio de las lágrimas, porque sólo este sargento y el único oficial que se le cuadró aquella nefasta tarde de la entrevista con el presidente Lerdo en Palacio Nacional le recordaban que él, Antonio López de Santa Anna, expresidente de la República, era fundamentalmente un soldado, y que si no ganaba batallas, cómo sabía llenar el aire de vítores y gloria.

Y mientras el sargento continuaba con su versión de la historia patria, que de la frustrada invasión de Barradas, detenida por Santa Anna en Tampico, hasta la caída de Querétaro había tenido como gran protagonista al ejército, el general pensaba en su empeño en vivir en esa casa, sólo a unos pasos del Teatro Nacional, que en sus tiempos se llamara Gran Teatro Santa Anna porque él lo había hecho, porque esa mano suya que empuñaba la espada también había puesto la primera piedra del edificio donde se representaban obras de teatro y óperas y se ejecutaban los innumerables himnos patrióticos inspirados en el general presidente, porque eran tiempos de acción y a la patria había que defenderla no desde un gabinete, sino en el vasto escenario de la guerra.

Era casi de noche cuando el sargento cesó su discurso. Entonces puso más gravedad en la voz y dijo por eso estoy aquí, general, y por eso le traigo esto que me ha ligado a usted toda la vida. Abrió el estuche en cuyo fondo de terciopelo violeta se hallaba la pierna momificada de Antonio López de Santa Anna, porque aunque usted no tenga por qué recordar mi rostro ni mi nombre, mi jefe, sigue en la primera línea, por amor a la gloria y a sus soldados. Y el sargento agregó que había estado presente en la ceremonia donde la pierna fue sepultada con gran pompa en el cementerio Santa Paula y la había recogido, llena de tierra, casi deshecha por los perros, luego de que la plebe la había exhumado una vez decidida —aunque mañana la opinión fuera contraria— la traición a la patria cometida por Su Alteza Serenísima.

Aterrado y conmovido, el general dijo al sargento que ya era tarde. Cuando lo invitó a volver otro

día, estaba seguro de que sus palabras eran patrimonio del aire. Se empeñó en acompañar al sargento hasta la puerta; ahí lo tomó de los hombros y le dijo éste es el abrazo que no pude darle en La Angostura. El sargento volvió a despedirse con un saludo militar y se alejó rumbo al Teatro Nacional. Una vez traspuesta la puerta de su casa, el general supo que esa noche dormiría el sueño de los justos y entraría de cuerpo entero en la muerte.

En busca de Tomás Mejía

Doña Pueblito es dueña, mayora y anfitriona de El Aguaje del Moro, restaurante de Jalpan erecto en el filo de una barranca desde la cual pueden contemplarse los esplendores de la Sierra Gorda de Querétaro. En los muros de la casa, habilitada para servir comidas, lucen fotografías de la familia, toda gente de a caballo. Los balcones ostentan herraduras forjadas, huella del oficio ancestral de quienes vieron en el noble bruto primero la supervivencia y luego la prosperidad, cuando para cubrir las distancias entre la sierra agreste se precisaba de la fuerza y la nobleza animales, además de las propias. A lo largo de varias generaciones, la arriería fue el mejor aliciente para los talabarteros, quienes hicieron de su oficio un arte mayor. En su libro *La contreguerrille française au Mexique*, Emile de Kératry subraya el hecho de que los indígenas americanos libraron la mayor parte de sus guerras a lomo de caballo, animal introducido por los europeos.

Estamos en los dominios del general Tomás Mejía. Este paisaje formó y forjó la parte decisiva de su educación. A las ocho de la noche del verano, mientras el cielo

mantiene una claridad insultante y el calor comienza a ceder en sus excesos, los pájaros congregan su algarabía frente a la fachada de la misión de Santiago de Jalpan. En esta población, la más grande y próxima a Pinal de Amoles, donde Mejía nació el 17 de septiembre de 1820, el joven José Tomás de la Luz comprendió cabalmente el mensaje del escudo franciscano que resume la defensa de la fe: el brazo resuelto de la orden cruzado con el brazo de Cristo, que muestra las cinco heridas de la Pasión. Acaso, mientras el Sol se ocultaba para él, y el resto de los pobladores participaba del transcurrir profano de la vida, tuvo la iluminación que lo llevó a hacer de cada una de sus acciones una guerra santa. O tal vez, ya siendo prefecto político y comandante militar del Distrito de Jalpan, ante la profusa ornamentación del templo, se haya abstraído en las águilas bicéfalas que devoran una serpiente, sin sospechar que profetizaban su futura alianza y sacrificio en compañía de un Habsburgo.

Nuestros libros de historia general de México, o aquellos que hablan sobre la Reforma y la Intervención, mencionan a Mejía como el tercer integrante de los vencidos que fueron fusilados el 19 de junio de 1867 en el Cerro de las Campanas. Las tres M —Maximiliano, Miramón y Mejía— son aprendidas en ese orden y de memoria por los niños. Coloquialmente, para llamar la atención de alguien, para decir en clave "mira", existe la expresión: "Miramón y Mejía... son la misma compañía".

Sin embargo, historiadores de tendencia liberal y conservadora, vencedores y vencidos, coinciden en respetar la figura de ese hombre que jamás claudicó en sus convicciones y estuvo durante dos décadas en el centro

de los acontecimientos nacionales y regionales, desde sus enfrentamientos con los apaches hasta su actuación postrera en Querétaro. En Jalpan, centro de sus operaciones, espacio donde tantas veces concentró sus ejércitos, su paso está registrado de diversas maneras. En el Museo Regional de la Sierra Gorda, instalado donde antiguamente estuvo el presidio, Mejía aparece como un señor de la guerra que se valía de ella para defender la religión, único lazo de unión entre los mexicanos, como era idea generalizada entre los conservadores e incluso entre varios liberales, antes de que la Guerra de Reforma radicalizara la ideología política y religiosa. Asimismo, las cédulas del Museo hablan acerca de las sucesivas rebeliones encabezadas por Mejía en su ámbito regional y de la importancia que concedió a las comunidades indígenas, aspecto descuidado por los liberales mexicanos y que fue también bandera de Manuel Lozada, el célebre y novelesco "Tigre de Alica", otra de las figuras históricas que están exigiendo nuevas interpretaciones. El libro de Jean Meyer *Esperando a Lozada* es un valioso avance en tal sentido.

Hay que buscar la huella de Mejía en el paisaje serrano, en sucesos cotidianos y en aquellas realidades que son más poderosas que la imaginación. Por ejemplo, el restaurante El Aguaje del Moro sirve los mejores camarones del pueblo. Vienen de Tamaulipas, estado que Mejía dominó entre el 26 de septiembre de 1864 y el 23 de agosto de 1866, en plena Guerra de Intervención. De habérsele enviado los recursos necesarios, Matamoros hubiera sido el último reducto del Imperio y acaso la historia de México hubiera sufrido un cambio radical. En varios locales del centro de Jalpan se

compran dólares a excelente precio, mientras en otros se anuncian corridas directas de autobuses a McAllen y Laredo; junto al mercado se ofrecen llamadas de larga distancia a Estados Unidos.

La dueña de El Aguaje del Moro dice desconocer el origen de su nombre, Pueblito. La ilumina una gran sonrisa cuando recordamos que Tomás Mejía, a punto de iniciar un ataque, tomaba una lanza y, para arengar a sus hombres, exclamaba: "Muchachos: en nombre de mi madre, Nuestra Señora del Pueblito, adentro." Desde 1830, Nuestra Señora del Pueblito es oficialmente patrona de Querétaro. Según testigos presenciales, en el momento anterior a su ejecución, Mejía musitó las palabras "Virgen Santísima". Desde el estallido de la Guerra de Reforma, la imagen había sido trasladada al templo de Teresitas en Querétaro. A partir de la toma de la plaza, la parte clerical de la población elevó sus letanías en honor de su patrona. Mientras Mejía esperaba en el convento de Capuchinas el veredicto del proceso entablado en su contra por la República, seguramente escuchaba esas plegarias. Una de ellas era particularmente adecuada para su situación:

Lucero hermoso,
cuando me parta
de aqueste mundo,
Tú me acompañas.

La figura de Tomás Mejía es una de las más complejas y apasionantes de nuestra historia. Indígena otomí puro, defendió hasta el final los principios religiosos y políticos por los que se guió los 47 años de su vida. Si la historiografía del siglo XIX y principios del XX hace de los

conservadores los grandes villanos de la historia, Tomás Mejía fue reconocido como una figura excepcional por parte de sus propios adversarios. El cura liberal Agustín Rivera registra en sus *Anales mexicanos* la conducta estoica de Mejía ante el pelotón de fusilamiento; Egon Caesar Conte Corti lo llama "el mejor general del emperador", mientras alguien que despreciaba tanto a los mexicanos como el príncipe Félix de Salm Salm no tiene más remedio que reconocer su valía. Justo Sierra, en el libro que en 1906 conmemora el centenario del natalicio de Juárez, se expresa del modo que sigue: "Mejía, el infatigable indio valiente, fanático y generoso, el verdadero héroe moral del bando reactor." Una de las descripciones más interesantes hechas por extranjeros es la de Paula Kolonitz: "Es el general Mejía, hombre en la flor de la vida, alto, de piel casi color de bronce, los ojos negros y cintilantes, liso y negro el cabello, enérgicos los trazos de la cara y con modales sencillos y suaves que denuncian su origen indígena. Este hombre todavía joven es altamente estimado hasta por los propios franceses, pues a su probada lealtad aúna grandísimo valor."

El reconocimiento supremo a Tomás Mejía sería su tumba en el Panteón de San Fernando, que, de acuerdo con la leyenda, fue pagada por el propio presidente Benito Juárez. ¿Por qué no se le sepultó en la Sierra Gorda, en Jalpan o en Pinal de Amoles? Siempre político, siempre pendiente de la victoria, Juárez debe haber intuido que sepultar a Mejía en sus dominios equivalía a perpetuarlo como un símbolo de resistencia conservadora en el estado de Querétaro, clerical y levítico por antonomasia. Puede argumentarse la pobreza en que murió Mejía. El caudillo que tuvo a sus órdenes

una de las mejores divisiones del ejército, el comendador de la Orden Imperial de Guadalupe y Gran Cruz de la Orden del Águila Mexicana, no dejó ni lo necesario para ser envuelto en un petate.

A la fecha, Tomás Mejía ha sido objeto de dos estudios fundamentales: el biográfico de Fernando Díaz R., titulado *La vida heroica del general Tomás Mejía*, publicado en 1970 por la Editorial Jus en su colección México Heroico, y el libro de Luis Reed Torres, *El general Tomás Mejía frente a la doctrina Monroe*, aparecido en 1989 en la Biblioteca Porrúa. El primero tiene el mérito de incluir varias de las célebres arengas y manifiestos de Mejía, que revelan la claridad de su pensamiento. El estudio de Reed Torres añade a sus múltiples méritos la consulta exhaustiva del archivo de Mejía, custodiado por la Secretaría de la Defensa Nacional. De acuerdo con testimonios de varios historiadores, el expediente de Tomás Mejía en este archivo ya no es accesible, bajo el argumento de que es un traidor a la patria.

El historiador que pretendiera hacer un estudio sobre Mejía debe acudir a esas fuentes, como imprescindibles le resultan los dos volúmenes de las *Documentos para la historia de la Sierra Gorda* de Margarita Velazco. Lo mismo sucede con el novelista. ¿Cuáles son los elementos que los separan y los atraen? Examinemos las previas apariciones de Tomás Mejía en la literatura y la imaginación popular. Se le menciona en una canción como "Querétaro", aunque siempre, como se dijo antes, en el listado de los generales conservadores. La canción tiene un tono elegíaco y está puesta en labios de una defensor de la plaza sitiada:

En el patíbulo del Cerro de las Campanas,
adonde estaban mis compañeros,
peleando como fieles guerreros,
eran Méndez, Mejía y Miramón.
Ya la muerte va llegando, compañeros, qué dolor,
que por ser emperador la existencia ha de perder
y sus títulos de honor, toditito va a acabar.
Adiós, Gobierno Imperial.

A raíz del fusilamiento en el Cerro de las Campanas, proliferaron las composiciones fotográficas que, como homenaje al imperio caído, incluían a Maximiliano, Carlota y los generales mexicanos que sucumbieron en Querétaro. De tal manera, los públicos nacional y europeo se familiarizaban con la fisonomía de los imperialistas mexicanos. Por otra parte, la literatura escrita por los autores de la facción vencedora se apresuró a dar testimonio de la historia reciente. En 1868, Juan A. Mateos publicó las novelas *El sol de mayo* y *El Cerro de las Campanas*, que tuvieron una aceptación inmediata debido tanto al prestigio del autor como a la cercanía de los acontecimientos que narraban. El drama histórico homónimo, *El Cerro de las Campanas*, de Antonio Guillén y Sánchez, fue estrenado el 9 de junio de 1872 en el Teatro Nacional; no mucho después, el 18 de julio, murió el presidente Juárez. El éxito de la representación obligó a la empresa a llevar a escena la segunda parte de la obra, titulada *El sitio de Querétaro o El tálamo y las víctimas*.

La segunda parte de la obra es una reconstrucción apresurada de los últimos momentos de Maximiliano, Miramón y Mejía en Querétaro. Los cuadros se

suceden con celeridad, sin la estructura lograda de la primera obra. Se añade la dificultad de otorgar la debida fuerza dramática a cada uno de los personajes, por lo que todos aparecen planos. En unas cuantas pinceladas, Guillén intenta reconstruir el intento de fuga organizado por la princesa de Salm Salm. Seguramente, el dramaturgo tuvo a la mano algunos de los libros escritos por testigos de los acontecimientos, como *Las últimas horas del Imperio*, del doctor Samuel Basch o *Mis memorias de Querétaro y Maximiliano*, de Felix de Salm Salm, cuya edición en español apareció en 1869.

Un error histórico imperdonable tiene el final de *El Cerro de las Campanas*: al reconstruir las últimas palabras de Maximiliano, Miramón y Mejía, Guillén y Sánchez es más o menos fiel a los hechos en el caso de los dos primeros. De acuerdo con testigos, Maximiliano sí dijo: "Siempre he querido morir en un día como éste", mientras que Miramón rechazó los cargos de traición y alabó a México. No corre con igual fortuna el general Tomás Mejía, quien aparece en la obra pusilánime y débil. Algunas fuentes históricas mencionan que difícilmente podía mantenerse en pie, pero ello se debía al reumatismo agudo que lo aquejó desde el comienzo del sitio de Querétaro. Su calma imperturbable ante la muerte y el hecho de no haber pronunciado una sola palabra en el cadalso fue motivo de admiración para los propios republicanos. Igualmente inverosímil resulta la escena en la que Agustina, esposa de Mejía, se presenta en la prisión. La realidad histórica es aún más patética: cuando Mejía era conducido al Cerro de las Campanas, la esposa corría desesperada detrás del carro, con su hijo en los brazos. Aferrada a la rueda, cayó al suelo,

se golpeó en el rostro y comenzó a sangrar. Su esposo Tomás no volteó y siguió, imperturbable, casi autista, su camino al cadalso.

Mariano Escobedo, vencedor en Querétaro, fue uno de los más fieles custodios de la memoria de su antagonista. Durante la Guerra de Reforma, Mejía lo había vencido y hecho prisionero. Cuando se cambian los papeles, Escobedo, fiel a su magnanimidad, le promete mediar para obtener su indulto, pero Mejía decide correr la misma suerte que Maximiliano. ¿Fidelidad del indígena al dios rubio, a la nueva personificación de Quetzalcóatl? Más propio es pensar que Mejía aceptaba ser fusilado por lealtad a sus convicciones y al ejército en el que militaba. De los tres condenados a muerte en el Cerro de las Campanas, Mejía fue el único que vestía, debajo de la levita, la banda azul de general divisionario que había obtenido con merecimientos indiscutibles. Semejante conducta no pasó inadvertida para la poesía. En 1890, Juan de Dios Peza escribe un texto llamado "Tomás Mejía", elocuentemente dedicado a Mariano Escobedo. El poema describe algunas escenas culminantes de la actuación de Mejía, a saber: su turbación al hallarse en presencia de Maximiliano, la nobleza de éste al abrazarlo y la escena final de su vida:

¿Queréis que os salve? Decidlo,
que no me daré descanso
hasta que al fin me concedan
lo que para vos reclamo.
—Sólo admitiré el indulto
—respondió el indio soldado—,
si me viene juntamente

con el de Maximiliano.
—Me pedís un imposible.
—Pues bien, moriré a su lado.
—Pensad que tenéis familia.
—Tan sólo a Dios se la encargo.
—Soy capaz de protegeros
si os resolvéis a fugaros.
—¿Y al emperador? —No, nunca.
—Pues su misma suerte aguardo.
Y como lo sabe el mundo,
juntos fueron al cadalso
Y allí selló con su sangre
lo que dijeron sus labios.

En su obra de teatro *Juárez y Maximiliano*, de 1925, el dramaturgo de origen checo Franz Werfel realiza un fino análisis psicológico de los principales protagonistas del drama, tanto de los liberales como de quienes rodearon al archiduque. Tomás Mejía aparece en una escena con un parlamento muy puntual y específico. Se trata del cuadro tercero, que tiene lugar en el Palacio Imperial de la Ciudad de México, entre 1866 y 1867. Entra en escena el general Tomás Mejía y acota Werfel:

(Un azteca, bondadoso, sin malicia, alrededor de los cuarenta años, avanza hacia adelante.)

MEJÍA: Mi general en jefe, yo, general de Vuestra Majestad, soy indio. Este es el dolor de mi vida. Con envidia contemplo a los hombres más altos, a los hombres de piel blanca. Mis hermanos son feos y bajos. Los desprecio. No hay más remedio para ellos que morir.

MAXIMILIANO: General, ¿es esa la opinión de su hermano Juárez?

MEJÍA: El emperador lo aprehenderá y lo matará.
MAXIMILIANO: ¿No sería mejor convencerlo, transformarlo en amigo?
VOCES: La revolución democrática debe ser ahogada en su propia sangre.

A pesar de que Werfel manifiesta en su obra un agudo conocimiento de la realidad mexicana, hay detalles significativos que se le escapan. Mejía no era azteca, sino otomí y en el instante en que se desarrolla la acción teatral tiene 46 años, no 40, como anota Werfel. En cuanto a que Mejía era "bondadoso y sin malicia", el juicio supone que intenta crear la figura de un indio a quien se podía embaucar fácilmente y que, fiel al instinto sanguinario de su raza —supone Werfel—, pide la cabeza de Juárez y sus aliados. Nada más lejos de la verdad. Mejía se adhirió al Imperio sólo después de meditarlo detenidamente, como era su costumbre ante instantes decisivos del México que le tocó vivir, y como lo demuestra el cuidadoso análisis que de sus documentos ha hecho Reed Torres en el libro antes mencionado. Como uno de los múltiples ejemplos, y para contradecir a quienes hablaban de Mejía como un fanático ciego, sin capacidad de discernimiento, leamos el fragmento de una carta a Escobedo cuando éste lo conmina a rendirse: "Mi obligación como mexicano [es] sacrificarme con mis soldados por una causa de la cual depende, según mis más íntimas convicciones, la salvación de mi patria." En 1939, Hollywood estrena la película *Juárez*, dirigida por William Dieterle, con Paul Muni en el papel del estadista mexicano y Bette Davis en el de Carlota. El guión fue realizado por John Huston, Ateneas Mackenzie y Wol-

fgang Reinhardt, y estuvo basado —se dice que parcialmente— en la obra de teatro de Werfel y en *La corona fantasma* de Bertita Harding. Resulta significativo que Mejía, personificado por el actor Bill Wilkerson, sea el único que derrama lágrimas cuando Maximiliano lee su carta de abdicación ante los generales vestidos de gran uniforme. No obstante la riqueza dramática de algunas de sus escenas, la música y el respeto en el tratamiento de la figura de Juárez, la película está llena de falsedades históricas. Al hacer llorar a Mejía, Dieterle quiere subrayar la adhesión cercana al fanatismo que mostró a Maximiliano un sector de la sociedad, en este caso el indígena.

Lo anterior demuestra que las apariciones de Tomás Mejía en los escenarios poéticos, novelísticos y dramáticos han sido casi siempre lamentables. Si Tomás Mejía resulta uno de los villanos de la historia patria, pensemos que la fuerza de los personajes antagónicos es más eficiente desde el punto de vista narrativo y dramático, como ocurre en las novelas históricas de Juan Díaz Covarrubias, Juan A. Mateos y Vicente Riva Palacio. El novelista que quisiera tomar como protagonista a Tomás Mejía no se toparía de entrada con el problema que significa novelar la vida de un conservador como Juan Nepomuceno Almonte. A pesar de su talento político y su envidiable cultura, Almonte es una figura que resulta difícil de tratar tanto por el novelista como por el historiador, en parte porque su caso es históricamente indefendible.

¿Cómo hacer una novela histórica sobre Tomás Mejía? Desde mi punto de vista, la mayor limitante de la novela histórica, desde su aparición en el XIX hasta nuestros días, es que vuelve a contarnos los sucesos, sin

intervención directa de la *poiesis*, sin que el temblor del *cómo* modifique la linealidad del *qué*. Resultan más eficaces, desde el punto de vista estético, aquellos fragmentos donde los personajes creados, aquellos que la historia no ha registrado con nombre propio, animan la obra con su actuación en el escenario. No sabemos el nombre del merolico que vende la mano del capitán Danjou en el capítulo "Camarón, camarón", de *Noticias del Imperio*, pero su actuación estelar en la novela, su aparición vital y bullanguera pudo haber sucedido, debió haber sucedido, porque la tradición picaresca mexicana nace con Fernández de Lizardi y evoluciona, callejera y mugrosa, impecable y honesta, en Guillermo Prieto y sus numerosos herederos.

El historiador trabaja con hechos de la realidad que obtiene de documentos, escritos personales, historiografía precedente y tradición oral. En esas mismas fuentes abreva el autor de obras de ficción. Ambos trabajan con hechos y los enlazan con la imaginación. ¿Cómo separar las tareas de uno y otro? Son numerosos los que han tratado de dilucidar los respectivos códigos de ambas disciplinas. En este sentido, leamos o releamos el ejemplar capítulo de *Noticias del Imperio* titulado "El último de los mexicanos", donde Fernando del Paso establece una discusión en torno a lo científicamente comprobable y lo simbólicamente verdadero, tesis que él defiende en la práctica a lo largo de su novela. Igualmente invito a mis lectores a que reflexionemos juntos en este terreno tan espinoso acudiendo a la relectura de un texto heterodoxo, una obra de ficción; me refiero a *El signo de los cuatro*, de Sir Arthur Conan Doyle. Mary Mostan llega al 221B de Baker Street para solicitar a

Sherlock Holmes ayuda para la localización de su padre. Expuesto el caso, y con la promesa de acompañarla a la cita planteada por un mensajero misterioso, el doctor Watson hace notar el encanto de la muchacha. Holmes contesta que él no se fijó en eso, sino que se limitó a observar acciones, hechos, conductas. Holmes es lapidario: "Es de la mayor importancia no permitir que en un juicio intervengan las cualidades personales. Un cliente es una unidad, un factor del problema. Las cualidades emocionales son antagónicas del claro razonamiento." La confrontación entre la mentalidad fría del detective y la sensibilidad de su cronista y biógrafo sirve para establecer diferencias y afinidades entre los principios que dicen sostener la historia y la literatura. La primera busca verdades de hecho. La segunda aspira a verdades de razón. Sin embargo, del mismo modo en que el binomio Holmes-Watson une sus respectivas habilidades para la solución de los misterios planteados, la historia y la literatura intercambian sus respectivos arsenales para la interpretación objetiva y metafórica de los hechos. La transformación de un personaje de la historia, sea en el terreno científico o en el ficticio, resulta sorpresiva para el investigador o el novelista. La historia, como la literatura, no es estática y cambia con la aparición de un nuevo documento o con la nueva actuación simbólica de un personaje. En tiempos reivindicatorios de los derechos indígenas, la figura de Tomás Mejía cobra una relevancia que es preciso examinar a la luz de la historia queretana y la herencia de las tribus inicialmente instaladas en esas regiones.

De las numerosas herramientas forjadas por el estructuralismo para examinar los mecanismos del pen-

samiento, una de las más útiles y generativas es la propuesta por Roland Barthes en su libro *S/Z*, donde realiza una lectura acuciosa de *Sarrasine*, una novela corta de Balzac. Barthes propone la aplicación de cinco códigos que permiten la lectura profunda, así como la interrelación de los elementos integradores del discurso. El primero de ellos es el código hermenéutico, mediante el cual el escriba —en este caso el historiador, el biógrafo, el novelista— propone su enigma. Para darle respuesta, se vale de códigos semánticos que a su vez se transforman en códigos simbólicos. Estos tres códigos pueden ser aplicados tanto al texto literario como al histórico. El conjunto de datos no hace una biografía. Es necesario que un historiador del calibre de Richard Ellman los reúna, los objetive y entonces imagine y demuestre la metáfora contenida en la existencia de Oscar Wilde. Igualmente, los monólogos de la Carlota de Fernando del Paso, para adquirir su altura simbólica y poética, han debido partir de semas históricos que hagan verosímil el discurso literario.

Aun la fantasía más pura necesita de un grado de exigencia que le permita hechizarnos y convencernos, hacernos escribir y leer la otra historia. Para los sucesos que no fueron pero que pudieron haber sido, José Emilio Pacheco ha acuñado la frase "historias de la vida irreal". Establezcamos el posible borrador de una de ellas, referida al caso de Tomás Mejía. Supongamos que logra romper el cerco tendido por el ejército liberal en Querétaro y se interna con una parte considerable de su ejército en la Sierra Gorda. Con la colaboración de los indígenas serranos, hace de la región un foco de resistencia que se extiende hasta el estado de Tamauli-

pas y la frontera con Estados Unidos. Sin resignarse a ser los perdedores de la guerra, grandes contingentes de soldados confederados, acantonados en Brownsville, colaboran con Mejía en su lucha contra la república. En el asentamiento indígena que actualmente lleva el nombre de Toluquilla, Mejía establece el Imperio de Maximiliano. El arte se anticipa a la realidad: entre los serranos corre la leyenda de un grupo de zuavos que se quedó en la región con intenciones de crear el Emirato de la Sierra Gorda.

Esto es lo que pudo haber sido. Lo cierto es que Tomás Mejía no rompió el cerco, fue hecho prisionero, procesado y ejecutado por el ejército liberal. ¿Cuál es la voz narrativa que más imparcialmente puede dar noticia de los hechos en una novela histórica? Hay quien ha dicho que la voz en segunda persona de *Aura* de Carlos Fuentes es la voz de la historia. Lo mismo puede afirmarse de los monólogos de Carlota en *Noticias del Imperio*. En su papel de hada y pitonisa, como decía Michelet de la historia, la Carlota creada por la imaginación poética es capaz de revelar incluso aquello que no ha visto pero que adivina. En *La noche de Ángeles*, Ignacio Solares logra uno de los mejores y más plausibles artificios de la voz narrativa: quien habla con el artillero villista es la conciencia histórica, pero también la muerte.

En un principio consideré la posibilidad de hacer la vida novelada de Mejía a partir de la voz de su hijo, quien nació el 3 de junio de 1867, es decir, cuando la plaza de Querétaro tenía veinte días de haber sido ocupada. El niño fue bautizado elocuentemente con los nombres José Isaac Tomás Carlos Maximiliano Higinio. Ingresó al ejército, donde su actuación fue lamentable.

Debido a constantes indisciplinas, fue dado finalmente de baja. La realidad no resultaba tan atractiva para insertarla en el cuerpo de la ficción. Naturalmente, para un novelista no hay mal tema ni mal personaje, pero el resultado será más intenso en la medida en que encuentre la voz narrativa que mejor le convenga, aquella que le permita apasionarse *en* la realidad y no *con* ella, como exigía Jorge Cuesta.

El cuidado que el historiador pone en la construcción de sus estructuras también es el del autor de obras literarias. En este sentido, encontré una posible veta narrativa en un hecho aparentemente nimio. Reed Torres afirma que Mejía pudo haber escapado de la cárcel de Querétaro porque un liberal de la ciudad, Hipólito A. Viéytez, le ofreció ocultarlo en su casa. Mejía rechazó la oferta, pero le pidió que el beneficio fuera para sus dos más cercanos ayudantes de campo. Nada sabemos más de ellos y sus nombres no aparecen registrados en las fuentes que he podido consultar. Ellos son, entonces, sujetos ideales para ser la voz de la Historia y contarnos la increíble y heroica historia del general Tomás Mejía. Confiaríamos a ellos, a su máscara de persona —en el sentido de los griegos— la articulación del discurso. Al ser el pretexto de la historia, ellos saben lo que fue, lo que pudo haber sido, lo que será. A continuación ofrezco tal propuesta.

Querétaro

Nos han dejado permanecer toda la noche afuera del Convento de Capuchinas, pero casi no hemos dormido. Un teniente del batallón Supremos Poderes me ofreció su capa, pero la rechacé, a pesar del frío de la madruga-

da. A punto de ser las seis de la mañana, todo Querétaro se llena de órdenes, sonidos metálicos, desplazamientos. A la puerta del convento han llegado tres carros de alquiler, uno para cada uno de los condenados. Y sales tú, papá Tomasito, escoltado por los cazadores de Galeana; qué pequeño pareces junto a esos soldados del norte con uniformes nuevos, pero cómo crece ante la cercanía de la muerte tu figura de indio otomí enfundada en la levita negra y debajo la banda azul de divisionario. Qué difícil imaginarte en dos pies, como el común de los mortales, cuando tantas veces Querétaro te vio en traje de centauro. Creí en ti desde el día en que les arrancaste la ciudad a los liberales y, en un gesto teatral que a ti te parecía instintivo, subiste a caballo la escalinata del Palacio Episcopal hasta llegar al balcón. A los oídos de los franceses llegaría más tarde la fama de tu conocimiento casi sobrenatural de los terrenos por donde te movías. Y aquella mañana en la ciudad de México, cuando en el Paseo de Bucareli el general amante de los niños y los manifiestos pasaba revista a tus tropas, estabas seguro de que si en la superficie alababa la organización perfecta de tu batallón de Ixmiquilpan, lo bien plantados y armados de tus indios del batallón fijo de Sierra Gorda, sus lanzas que en las cargas eras el primero en tomar, en el fondo sentía el mismo desprecio que Cortés por los tlaxcaltecas, así como Maximiliano al referirse a ti te llamaba *le petit noir* cuando hablaba en clave con Félix de Salm Salm. Y hasta ese *dandy* que, como todos los oportunistas, sabe la hora y el sitio para estar en todo, va a reconocer en sus memorias que eras mejor jefe de caballería que los europeos. El día que Maximiliano y Carlota entraron en la capital, como buen político el archiduque sabía quién

eras, y quiso estrechar la mano del indio que tomaba a caballo los edificios, del veterano en la guerra contra los apaches, del valiente cuyo anagrama era JAMÁS TEMIÓ. Pero el animal no compartió los deseos humanos, caracoleó, relinchó y casi patea a sus majestades. Todos lo atribuyeron a la música y los cohetes pero tú, que tenías al caballo como prolongación de tu cuerpo, sabías que esa parte tuya rechazaba el aliado que nuevamente venía del otro lado del Atlántico. Nunca te gustaron los escándalos. Cuando quisiste hablarle al nuevo Quetzalcóatl sólo te salieron muchos Majestad... Majestad... y si el europeo hubiera conocido la gratitud, habría visto que esa emoción auténtica era superior a las adulaciones de quienes lo rodeaban. Eras en verdad humilde, en los dos sentidos; tanto, que vas a dejar sólo dos casas de adobe como herencia. Mariano Escobedo, que no puede devolverte el favor que le hiciste al salvarle la vida, va a correr con los gastos de tu cajón de muerto, y Juárez, que en el fondo te admira y te quiere porque eres terco y tan brillante y tan indio como él, a espaldas de los republicanos que piden tu cabeza y lamentan tu muerte menos que la del europeo, va a ordenar que te levanten un mausoleo que es como un retrato tuyo y de él mismo: sólido, sencillo, sin otras palabras que las de tu nombre. Y llegarás al Panteón de San Fernando para agitar los huesos de Zaragoza y Comonfort, que duermen en tumbas vecinas a la tuya. Cinco años después, el que pagó por tu tumba llegará al mismo panteón; a nadie se le ocurrirá, ese julio de 1872, de las numerosas coronas que llegarán de todas latitudes para tu vencedor, quitar una rosa, de esas que van a llamar luto de Juárez, para adornar tu tumba; una estrella solitaria de-

bajo de la cual está tu nombre. Ningún epitafio. A fin de cuentas, los epitafios nada dicen de —ninguno podría decir— todo lo que es un hombre cuando sufre, bebe y se ríe, cuando simplemente vive, como tú vives aún esta madrugada en que sentiste el agua fría y dura sobre tu cuerpo y volviste a lavarte varias veces y te sorprendiste al darte cuenta de que un hombre a punto de morir puede hacer lo que el otro hace cotidianamente, porque el *ya* es un *todavía* lleno de sorpresas hiperbólicas; esto se llama aún la vida, ahora que sientes el vaivén del carro número 13 que te lleva al Cerro de las Campanas, y adviertes que los coches de alquiler tienen años sin que se les cambien los asientos, y aún puedes sentir en el crucifijo que sostienes la madera húmeda por el sudor de tu mano, mientras rezas interminablemente sin mover los labios, sólo por no darles gusto a los que te dirán allí va el mocho. Ellos esperan una función final de mucho ruido, como cualquier espectador que ha comprado su boleto, y tienen razón porque el boleto ha costado mucho y ya basta y hay que consumar definitivamente la causa por la que Hidalgo desmañanó a los habitantes de Dolores. Para ellos, la grandilocuencia de Miramón, el gesto teatral del archiduque cuando reparta piezas de oro a los que lo van a fusilar. Qué ironía que tu casa se encuentre en la calle del Descanso, porque tú no lo conocías cuando estabas en la ciudad. A pesar de la guerra, descansabas mejor en Sierra Gorda, que un día antes de la traición de López y la caída de la Cruz iba a convertirse en el último reducto del Imperio. Allí, donde eras señor absoluto, pensabas librar una guerra prolongada, y tal vez Juárez hubiera muerto esperando la rendición de Maximiliano y los suyos, porque ni un ejército tan

superior en número como el que circundaba Querétaro hubiera sido capaz de sacarlos de los desfiladeros, y las montañas que conocías como el tigre su coto. Qué tontos fueron todos. Menos tú, porque en el fondo siempre supiste que toda esta tragedia era un sainete y que el emperador no defendería el único principio por el que te alzaste. Pero tú creías en dos cosas: la religión y el ejército, y en el segundo como fuerza para sustentar los principios; en eso dejabas de parecerte al manco Osillo, el único que podía hacerle sombra a Miramón, porque era buen mozo y bien plantado. Para tus soldados, que habían combatido contra los apaches, era juego de niños enfrentarse a un ejército improvisado, con mucha voluntad y valentía pero con escaso fogueo en eso que los tratadistas llaman arte de la guerra y que para ti se reducía a determinación y valentía. En Matehuala, tus mil y tantos hombres salieron a galope tendido para rodear, derrotar y hacer huir y hasta perseguir a los seis mil liberales de Manuel Doblado que se disponían a sitiarte. Por esa acción te admiró el barón Aymard, que salió de la plaza contigo y nunca pudo emparejar tu carrera, porque en ese momento tú te sentías otro caballero de la Cristiandad, ansioso de la gloria de las primeras heridas. Y luego de la victoria en que mostraste la magnanimidad que no conocían Miramón ni muchos jefes republicanos, el propio Aymard insistió en que volvieran a San Luis para premiarte con la Cruz de la Orden del Águila Mexicana que el austriaco hizo llegar a Matamoros. Hubieras preferido que te enviara fuerzas, víveres, armas. Desde Brownsville los soldados norteamericanos abastecían a Escobedo con fusiles de repetición mientras en los círculos gubernamentales se hablaba del

principio de neutralidad. Matías Romero tocaba a las puertas de Washington, cuyos altos funcionarios le daban largas al asunto. Así, la guerra continuaba en dos terrenos, el inmediato de la acción guerrera y el que se libra en antesalas y horas de meditación. Ya está tu carro al pie del Cerro de las Campanas. Qué incompleto te miras con los pies asentados en la tierra, cómo hace falta verte arriba de un caballo. Maximiliano, que camina adelante de ti rumbo al mismo cadalso, nunca pudo saber que tus reumas eran provocadas por la cárcel, por esa jaula inmensa que era para ti la ciudad de Querétaro sitiada. Eras de pocas palabras, pero si en alguna de las visitas que el austriaco te hizo a tu celda hubiera intentado verdaderamente hablar contigo, habría comprendido que el otomí es algo más que el indio de la raza inferior que se distingue por la desconfianza, la indiferencia, la astucia y la hipocresía. Le hubieras dicho entonces que a pesar de tu catolicismo ciego y firme, en tu sangre hablaban voces milenarias y que preferías morir en combate a ser fusilado o a caer en la cama por enfermedad, y que para el indio la muerte es poca cosa junto a la cárcel. Hasta Agustín Rivera, el cura ultraliberal de Lagos de Moreno, va a comprenderte mejor y va a escribir páginas en las que celebre tu carga de caballería en Casa Blanca, cuando ante un enemigo cuatro veces más numeroso dijiste: "Así muere un hombre, muchachos", y tus tropas te adoraron y tomaron la posición. Nadie va a escribir la historia de tu defensa de Matamoros. La historia, al menos aquí, no es para los vencidos, y si a Robert E. Lee van a levantarle una estatua romántica en medio de un parque sureño que llevará su nombre y cada Semana Santa alrededor de su figura ecuestre un con-

cierto de gala va a recordar todo lo que el viento se ha llevado, sobre ti van a llover polvo y olvido. No tendrás la inmortalidad de la befa, como sí la van a tener Almonte y Márquez, que nunca te perdonó que fueras mejor soldado que él. Para ellos, sendos romances que van a ser canciones que aprenderán los hijos de los que ahora van a fusilarte. Para ti, papá Tomasito, un desprecio más digno, el del olvido. El mismo desprecio que les muestras ahora a los fusiles republicanos, ahora que todo termina para ti, ahora que todo comienza, ahora que son las 7:05 de la mañana en Querétaro, ahora que las balas recorren enloquecidas el cilindro de los fusiles, ahora que zumban con su aguijón ansioso, ahora que te alcanzan y te rompen hasta el último de los "María Santísima" que dices para ti, como para ti serán estas palabras que se va a llevar el viento porque tú no ganaste.

Dama en Nueva York

El volumen *Liberales ilustres de la Reforma y la Intervención*, coordinado por Enrique M. de los Ríos y aparecido en 1890, incluye a sesenta mexicanos que, desde el punto de vista de los autores, contribuyeron a la forja del México republicano y a sentar y defender las bases de la soberanía nacional. De ese conjunto de biografías, sólo cuatro corresponden a mujeres: Ignacia Reichy, Soledad Solórzano de Régules, Agustina Ramírez y Margarita Maza de Juárez. Se exaltan en ellas su participación activa en la guerra contra la Intervención francesa, su incondicionalidad, su valor cívico.

Margarita Maza de Juárez no ha recibido la atención que merece. Cierto que resulta imposible separarla de la obra de su esposo y que es inevitable caer en el lugar común de que tras un gran hombre hay una gran mujer. La admiración incondicional es una forma de injusticia, afirmaba Xavier Villaurrutia. Ejemplar por su discreción, su constancia y su fe en la causa defendida por su esposo, con excepción del trabajo de Ángeles Mendieta Alatorre, publicado en 1972, los escasos trabajos dedicados a Margarita son superficiales cuando no hiperbólicos.

Conforme la Intervención francesa se apoderaba de puntos estratégicos del territorio nacional, a partir de mayo de 1863, el gobierno republicano temió que la familia del presidente constitucional pudiera ser capturada con objeto de obligarlo a abandonar la resistencia. Por lo tanto, se creyó conveniente que tanto su esposa como sus hijos se trasladaran a Estados Unidos, particularmente a Nueva York. De su paso por esa ciudad queda una placa en el ahora número 208 de la calle 13 Este, la cual indica el lugar donde estuvo la casa que ocupó a su llegada a la ciudad en 1864 y donde permanecería hasta 1866. En el lugar donde antes se levantó la casa luce igualmente otra placa, dedicada ésta a una mujer nacida poco antes de la muerte de la señora Juárez. También indómita y resuelta, constituye una excelente compañía:

EMMA GOLDMAN
(1869-1940)
Anarchist, orator and
avocate of free speech
and free love,
lived here from 1902-1913,
and published
the radical magazine
Mother Earth.
She was deported to the
Soviet Union in 1919

La siguiente carta nunca fue escrita pero pudo haberlo sido por Margarita Maza de Juárez. Incluye tanto elementos históricos como conjeturales. He procurado reproducir el léxico y las modalidades del estilo de la

ilustre republicana, a partir de las cartas que de ella se incluyen en la obra de Jorge L. Tamayo *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*.

Nueva York, 21 de marzo de 1865

Señor presidente de la República
Don Benito Juárez
Chihuahua, México

Mi estimado Juárez:
Te escribo esta carta como si fuera un parte militar en el que un general de la República te comunica una victoria, esto es, para alegrarte y estar contigo este cumpleaños tuyo cuando me tienes tan lejos y yo tan cerca. El día de ayer, Matías Romero nos dijo que aumentan los rumores sobre el regreso a México de nuestros soldados y oficiales expatriados a Francia luego de la caída de Puebla. Hoy esperaba la confirmación del general Gregorio Méndez desde Tabasco. Si es verdad la noticia, como espero, será el mejor regalo de cumpleaños que puedan hacerte. Te lo mereces, Benito, por la asistencia que no has dejado de darles a esos pobres tan lejos de su tierra, de su gente y de su lengua. Romero me enseñó un par de fotografías que esos soldados se hicieron en un estudio de Francia. Ahí los tienes, enflaquecidos pero orgullosos de no haber firmado la carta con la que Bazaine quería obligarlos a no volver a tomar las armas para defendernos como deben defendernos los hombres.

Con esta misma fecha recibirás otra carta donde te comunico las nuevas en la forma organizada y económica a que parecen obligarnos estos tiempos difíciles. Sin

que tú lo ordenes, las cartas se me han ido haciendo cada vez más escuetas, como si tu discreción para que no nos hagamos notar en esta ciudad y en este país también alcanzara mis palabras. Pero en esta carta deja que te hable Margarita y te cuente sobre las cosas que suceden dentro de ella.

Recibo noticias de nuestros descalabros y nuestros pequeños avances, grandes si consideramos que todo está contra nosotros. Entonces me alegro como mexicana y como esposa tuya, porque esas victorias no serían posibles si no encontráramos fuerza en tu constancia. Aunque me regañes, no puedo evitar leer varias veces las cartas que le envías a nuestro también hijo Santa. Por ellas me entero de las frases elogiosas que te dedicó Altamirano. Me las sé de memoria no sólo por su belleza, sino por su exactitud. No son como las zalamerías bien intencionadas de Guillermo Prieto, que te molestan tanto, sino una exigencia que Altamirano y los hombres leales a la República se imponen porque tú das el primer ejemplo: "Más fácil es que la Tierra se salga de su eje, que ese hombre se salga de la República; ese hombre no es un hombre, es el deber hecho carne... Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento; pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República, y si un rincón quedara sólo en la Patria, en ese jirón estaría uno seguro de hallar al Presidente."

No puedo decir en voz baja estas palabras ni recordarlas sin que me traicione el sentimiento. La otra tarde, mientras compraba unos panes con tus hijas en la avenida Broadway, en una tienda de judíos, el muchacho que nos atendía nos escuchó hablar y en su difícil

español nos preguntó si éramos mexicanas. Cuando le contestamos que sí, redobló sus atenciones y nos enseñó un periódico donde se hablaba de la resistencia de México frente a la Intervención francesa. Agregó, con el puño levantado, que debía ser un orgullo tener la misma nacionalidad que el gran patriota Juárez. Nos preguntó si lo conocíamos y le dijimos que sí, pero sin más explicaciones dijimos gracias, dimos media vuelta y huimos de ese homenaje que nos dio tanto gusto como susto.

Y eso está bien y está mal, pero ni modo. Hemos cumplido nuestra parte pasando lo más inadvertidas que podamos, aunque a veces no sepamos qué hacer con las atenciones de míster Seward y otros simpatizantes de México que brotan espontáneamente. Uno de esos ángeles se llama Ana Saldamando, una joven señora mexicana casada con un pintor también mexicano que tiene mucho éxito con los gringos pero que no quiere dejar de ser mexicano. Me gustó que en una recepción en la casa de míster Seward, don Roberto se indignara cuando un invitado quiso llamarlo Bob. A pesar de ser tan jóvenes, doña Ana y don Roberto vienen a verme o me invitan a caminar por esta ciudad que conocen tan bien. Por ellos me he enterado de que ya en el siglo XVII, en la parte sur de Manhattan, un misionero católico registró dieciséis lenguas diferentes, o que del casi millón y medio de habitantes de la isla, cuatrocientos mil son extranjeros. Las señoras de la comunidad mexicana —si las vieras, Benito— no quieren a doña Ana porque usa su apellido de soltera y sale sola, a pie o en coche, y si le apetece entrar sin compañía en un lugar público, no lo piensa dos veces. No te asustes por esa que podría

considerarse una mala compañía. Ella es la primera en cuidarme y sobre todo últimamente nos quedamos en la casa o me invita a tomar té en la suya. Le causa gracia que una de las muchachas oaxaqueñas que vino con nosotros y nos ayuda en la casa se llame Juana Arco. Le dice, por supuesto, Juana de Arco.

Te describo detalladamente a Ana Saldamando por esto que paso a contarte. Una tarde vi sobre la mesa de su sala un libro escrito en inglés titulado *Benito Cereno*. Comprenderás que el nombre me llamó inmediatamente la atención. Me gustó, además, que fuera como una definición tuya, escrita con falta de ortografía: Benito sereno, Juárez el imperturbable, el único con quien me volvería a casar aunque a veces me pregunten si no es muy sufrido ser esposa de alguien como tú en circunstancias como éstas por las cuales atraviesan nuestras dos casas, la grande que es México y la pequeña que es nuestra domesticidad en Oaxaca o en la capital. Ana Saldamando me dijo que *Benito Cereno* era una novela del señor Herman Melville, famoso por haber escrito antes una novela sobre la caza de la ballena. Me ofreció prestarme el libro sobre tu casi tocayo, pero le dije que no leía inglés tan elevado. La siguiente tarde que la visité me esperaba con la sorpresa de que había traducido el primer capítulo para poder leermelo. Gracias a ella pude comprobar que todos los Benitos parecen ser iguales: misteriosos, dignos, de pocas palabras. La cosa no terminó allí. La tarde que doña Anita me pidió que la acompañara a la biblioteca pública, me dijo al oído que el hombre de barba que consultaba muy serio la sala de mapas era nada menos que el señor Melville. Me gustó cómo se le quedaron suspensas las lágrimas

en los ojotes a doña Anita y cómo le pudo causar tanta emoción conocer a un hombre que no conoce. ¿Tú crees que eso pueda pasarle a las lectoras de Zarco o de Prieto cuando leen sus artículos sentimentales, que a mí siempre me gustarán más, con tu perdón, que sus piezas oratorias?

A lo mejor estos juegos son maneras tontas de tenerte conmigo, pero me sirven. Matías Romero me enseñó el otro día una carta donde te atreves a decir, en medio de comunicaciones militares y diplomáticas, "este día he pensado mucho en mi vieja". Como tú, yo también me impongo el deber de no sentir, en beneficio, otra vez, de nuestras dos casas. No creas que no me enojo, porque a veces me da por pensar que nadie va a decir que fuimos seres humanos como todos, que sufrimos y lloramos por los despojos y las mutilaciones. Aunque a esta altura de la carta parecería llegado el momento de hablarte de nuestro hijo Pepe, no lo voy a hacer. Me basta saber que te enteraste de que está convenientemente embalsamado hasta que todo esto termine y podamos llevarlo a nuestra tierra. Sigo tu ejemplo de aquella carta recibida por Romero a fines del año pasado en la que primero le hablas sobre asuntos de Estado y al final lo interrogas, o casi afirmas, sobre la gravedad de Pepe.

En recuerdo de nuestro hijo y para celebrar como se debe tu cumpleaños, he salido a caminar, yo sola, desde nuestra casa en la calle 13 hasta el Central Park, porque desde diciembre para acá tu Margarita ha engordado. No es cierto, como dicen, que las penas con pan son menos. Y pensar, mi Juárez, que tú eras un hombre cuando yo era una niña tonta que nada sabía del mun-

do y menos podía saber que me esperabas. El frío que se llevó a Pepe de entre nosotros ha desaparecido y la ciudad tiene una luz intensa como algunas mañanas en Oaxaca. Compré el *New York Times* porque gracias a las enseñanzas de tus hijas y de Ana Saldamando, cada vez puedo entender más lo que leo o escucho en inglés. Te digo algunas de las noticias que me llamaron la atención. Aquí la gente pobre vota por la instalación del ferrocarril subterráneo porque va a favorecer a las mayorías. Se oponen, naturalmente, los monopolistas del transporte. Así que, como ves, la lucha contra el enemigo común es igual aquí que en México y seguramente hasta en la Francia, cuyos soldados ahora nos separan de ella. Me gustó entender muy bien el anuncio de un producto que ha indignado a Ana Saldamando. La publicidad de ese jarabe de zarzaparrilla se ampara en una frase que en inglés dice —y suena bonito— *A thing of beauty is a joy forever.* Doña Anita se ponía más colorada y decía que era una falta de respeto hacia el poeta que había escrito esas palabras para la inmortalidad y no para que las repitieran los mercaderes de productos destinados al olvido.

Pero la gran noticia es el avance incontenible de las tropas del general Sherman y la derrota casi inminente del ejército confederado. ¿Por qué será, Benito, que todo lo que está bien está mal o que, al menos, debe tener su parte mala? Me duele la causa de esos hombres del Sur, como a ti te dolía que amigos tuyos se pusieran del lado equivocado, pero sé, por beneficio de mi viejo del alma y de mi otro viejo más viejo llamado México, que si gana Lincoln, estaremos más cerca de seguir siendo la República que pretenden quitarnos.

Ya termino esta carta, mi Juárez. Nada más te digo que caminé por la Quinta Avenida y me detuve buen rato a pensar en ti y en México frente a los cimientos de la catedral de San Patricio. Me pareció un buen lugar porque tú me contaste sobre el batallón de ese nombre que nos ayudó contra los gringos en la guerra del 47.

Por ti y para ti, hoy tu esposa está contenta. Sé que a pesar de esta otra guerra y las presiones, a esta hora te estarán celebrando tu santo como mereces. Los chinacos estarán cantándote su versión de "La paloma" y tú estarás vestido con tu traje de lino crudo, libre hoy de la levita negra y del carruaje donde late el corazón de la República.

Te envía su corazón y el de tus hijos,

Margarita

Un paraguas y una máquina de coser

I

Las grandes biografías de Karl Marx, fieles al carácter antihagiográfico que él hubiera deseado, se centran más en el análisis de su pensamiento y sus aportaciones a la filosofía y las ciencias sociales, cuando no en una apasionada defensa partidista. Por ende, se hace a un lado la fuente de información constituida por cartas familiares, recados sobre la vida inmediata, acciones cotidianas en las que el héroe se borra aparentemente para dar paso al hombre de cada día. La compacta y nutrida obra de Werner Blumenberg (*Marx*, Hamburg, Rowolt Taschenbuch Verlag GMBH, 1962) está dedicada a examinar desde dentro al personaje Karl Marx; entre otras cosas, Blumenberg fue el primero en demostrar la existencia del hijo natural que el pensador tuvo con su sirvienta. Existe un vastísimo material que sirvió de base a su trabajo, el cual, por diversas circunstancias, no entró completamente en el texto. A la muerte de Blumenberg, sus borradores fueron cedidos por sus herederos al Instituto de Historia Social de Ámsterdam, del cual fue investigador y direc-

tor. Uno de esos papeles marginales y marginados es el origen de la presente historia conjetural. Se trata de una página del diario de Jenny, primogénita de Marx, muerta el 11 de enero de 1883, dos meses antes del fallecimiento de su padre. Jenny había casado en 1872 con Charles Longuet, activista de la Comuna, y de su visita a la casa paterna en 1874 queda el siguiente testimonio, en la traducción de mi amigo Javier García-Galeano:

Londres, 22 de abril de 1874

Charles y yo estamos desde ayer en Londres. En atención a nuestra visita, hoy papá Karl llegó más temprano que lo habitual y, tras una breve conversación en la sala, se dirigió a continuar su trabajo antes de la cena. Como todas los días, en la mañana estuvo en la sala de lectura del Museo Británico estudiando, pensando y anotando, según esa costumbre que lo lleva a llenar cuadernos y cuadernos, con el entusiasmo envidiable que sólo tiene el niño cuando apenas ha descubierto la escritura. A la una, también fiel a sus hábitos, se había encaminado a pie a casa del tío Friedrich; había regresado al museo después del almuerzo, hasta las seis de la tarde, en que volvió a casa. Cuando me asomé al estudio de papá, me quedé mirando, antes de hablarle, el gesto divertido, más tarde muy serio, que tenía en el rostro mientras examinaba un documento. Entonces me contó: al examinar sus anotaciones del día, se topó con un papel que no era suyo y que pertenecía seguramente a un joven con quien papá había tropezado en las escalinatas del museo, cuando ambos lo abandonaban. Los dos recogieron apresuradamente sus respectivos papeles, se die-

ron una rápida disculpa y se retiraron. La seriedad de papá era causada por dos cosas: primera, sus excesivos escrúpulos lo llevaban a pensar que ese joven podría necesitar su manuscrito, sobre todo porque, a juzgar por su contenido, se trataba de un texto literario, seguramente fragmento de una obra mayor. Dijo que al día siguiente trataría de localizar al joven para devolverle su manuscrito y volvió al examen de la caligrafía cuidadosa en el pedazo de papel. Ahora lo copio en su lengua original, antes de apagar la luz en el estudio de papá:

> *Sur quelques points des passerelles de cuivre, de plates-formes, des escaliers qui contournent les halles et les piliers, j'ai cru pouvoir juger la profondeur de la ville! C'est le prodige dont je n'ai pu me rendre compte: quels sont les niveaux des autres quartiers sur ou sous l'acropole? Pour l'étranger de notre temps la reconaissance est imposible. Le quartier commercant est un circus d'un seul style avec galeries à arcades. On ne voit pas de boutiques. Mais la neige de la chaussée est écrasée; quelques nababs aussi rares que les promeneurs d'un matin de dimanche à Londres, se dirigent vers une diligence de diamants. Quelques divans de velours rouge; on sert des boissons polaires dont le prix varie de huit cents à huit mille roupies.**

---

* Desde ciertos puntos de las pasarelas de cobre, de las plataformas y las escaleras que dan la vuelta a los mercados y las columnas, ¡creí entender la hondura de la ciudad! El prodigio que no he podido explicarme es: ¿cuáles son los niveles de los restantes barrios sobre o bajo la acrópolis? Para el extranjero de nuestro tiempo, la visura es imposible. El barrio comercial es un *circus* de un sólo estilo con galerías de arcos en serie. No se ven tiendas allí, pero la nieve de la calzada está aplastada; algunos *nababs*, tan raros como los paseantes de una londinense mañana de domingo, se dirigen

Hasta aquí la página de Jenny Marx. No hay en su diario ni en otro sitio referencias ulteriores. El hecho sería curioso en sí por el tropiezo literal de Marx con un poeta y parte de su obra. La anécdota es trascendental porque el texto que Jenny Marx reprodujo en su diario es un fragmento del poema *"Villes"*, escrito por Jean-Arthur Rimbaud y más tarde incorporado a las *Illuminations.*

II

Debemos a la poesía, en su modalidad de exploradora de la vida privada, la conjunción de los nombres de Marx y Rimbaud. El padre del surrealismo, André Breton, escribió: "*Transformer le monde, a dit Marx. Changer la vie, a dit Rimbaud. Ces deux mots d'ordre, pour nous, n'en font qu'un.*" ** Pero estos dos transformadores radicales de la conciencia, ambos poderosos mitos de Occidente, no sólo compartieron un tiempo metafórico, sino un espacio real. Marx vivió la mayor parte de su vida en Londres, desde 1849 hasta su muerte en 1883. En esa Nueva Babilonia encontró un laboratorio inmejorable para formular sus teorías sociales. Son célebres sus

---

hacia una diligencia de diamantes. Algunos divanes de terciopelo rojo, allí se sirven bebidas polares cuyo precio varía de ochocientas a ocho mil rupias.

(Tomado de: Arthur Rimbaud, *Obra poética y correspondencia escogida*, traducción de José Luis Rivas y Frédéric-Yves Jeannet, edición de Marc Cheymol, UNAM, Embajada de Francia y Alianza francesa de México, México, 1999)

** Transformar el mundo, dijo Marx. Cambiar la vida, dijo Rimbaud. Estas dos consignas forman, para nosotros, una sola.

exhaustivas y legendarias horas de lectura en el Museo Británico; aun para la redacción de un artículo periodístico, llenaba varios de sus célebres cuadernos con notas, resúmenes, interpretaciones. La primera vez que Rimbaud llega a Londres, en septiembre de 1871, está muy lejos de sus intereses encerrarse en el gabinete de lectura de un museo. Aún desea serle fiel a su *déreglemente de tous les sens* y emprende, al lado de Paul Verlaine, caminatas exhaustivas por el cuerpo entero de la ciudad. Su tercer viaje a Londres lo hace, con esa maduración acelerada que es el signo y la desdicha del genio, a fines de marzo de 1874 en compañía del poeta Germain Nouveau, junto con el cual se instala en el 178 de Stamford Street. Con la pasión que ponía en todos sus actos, Rimbaud dedica largas horas a la lectura y al aprendizaje de idiomas. Se conserva su solicitud de lector en el Museo Británico, fechada el 4 de abril de 1874. En alguna de estas jornadas de estudio, se cruzó la mirada de Karl Heinrich Marx, nativo de Tréveris, quien el 5 de mayo de 1874 cumpliría los cincuenta y seis años de edad, con la de Jean-Arthur Nicholas Rimbaud, oriundo de Charleville, quien aún no llegaba a los veinte y ya había pasado prácticamente por todas las etapas que nos son concedidas en nuestro tránsito terrestre.

Antes de 1872, Marx era conocido sólo en círculos reducidos. A raíz de la publicación en Londres de *La guerra civil en Francia*, según sus propias palabras, se convierte en "el hombre más amenazado y calumniado de Londres". En la Comuna de París, Marx ve la primera toma del poder por el proletariado, comprobación de sus teorías sociales. Rimbaud llega a Londres como un fugitivo espiritual de la Comuna, luego de haber escri-

to algunos poemas revolucionarios, de acuerdo con la lectura que de la vida y obra de Rimbaud hace Pierre Gascar en su libro *Rimbaud et la Commune.* Junto con Verlaine se instala en el número 8 de Great College Street, en la habitación que les cede un célebre comunero. Al igual que muchos otros franceses que cruzan el Canal de la Mancha escapando de la represión política, encuentran en el Soho a tal cantidad de escritores, artistas, políticos y periodistas, que la bohemia londinense parece más nutrida e intensa que la del propio París. Otra coincidencia: en Soho la familia Marx había establecido su primera residencia en Londres. Fue una época particularmente difícil, y durante seis años vivieron estrechamente en dos cuartos.

III

Desde sus respectivos asientos, ambos lectores se estudiaban, se leían en el otro. Por eso, la lectura que Marx hizo del fragmentado *"Villes"* era no un conocimiento primero, sino un reconocimiento y una confirmación. Cuántos recuerdos deben habérsele agolpado a Marx, que podía ver en ese joven al poeta que él quiso ser, antes que pensador social o transformador político. Atento lector de Laurence Stern y E.T.A. Hoffman, Marx se puso en contacto con los principales escritores de su tiempo. Conoció a Adalbert von Chamisso, a quien ofreció algunos poemas para publicarlos en el *Almanaque de las Musas.* El más severo crítico literario de Marx fue su propio padre, quien le censuraba su visión poética del mundo: "He leído detenidamente tu poema. A decir verdad, querido

Karl, te confesaré que no entiendo ni el sentido ni la finalidad... ¿Qué pretendes decir en él? ¿Que la felicidad reside en un idealismo abstracto, en una especie de lirismo?" Cuando Rimbaud escribió el punto final de *Une saison en enfer*, se lo dio a leer a su madre, quien declaró no entender nada y preguntó qué significaba todo eso. El poeta respondió, con su flema habitual: "Significa exactamente lo que significa, punto por punto."

Qué asombro le hubiera causado a Marx saber que en 1871, mientras hacía correcciones para la segunda edición de *Das Kapital*, el Rimbaud de diecisiete años escribía una carta a su amigo Paul Derneny, que la posteridad bautizaría como *Lettre du voyant*, donde varias frases, tomadas al azar, bien pudieran ser manifiestos políticos de la nueva forma de mirar el mundo. Así como Marx aporta a la filosofía política un discurso fundamentado en comprobaciones científicas, en contra de la grandilocuencia mesiánica de sus antecesores, Rimbaud combate toda la literatura anterior por considerarla prosa rimada y plantea, en cambio, que "el arte eterno tendrá sus funciones, así como los poetas son ciudadanos. La poesía no ritmará la acción; irá por delante". Al hablar de un materialismo poético, Rimbaud ya anticipa las conquistas del arte abstracto y la autonomía del objeto estético, del mismo modo en que Marx convierte la lucha de clases en eje de un sistema para leer la historia pasada y la por venir.

IV

En los tiempos de Marx y Rimbaud, Londres era la ciudad más grande del mundo, aquella que ilustraba, mejor que ninguna otra, los esplendores y miserias de la moderna vida urbana. Rimbaud emprende una radiografía de la ciudad recorriéndola en todas sus direcciones. Podemos establecer con cierta precisión su bitácora de viaje gracias a las cartas de Verlaine, en las cuales da cuenta de la variedad de tipos, lugares y rincones que descubre junto con su joven amigo. Es posible, asimismo, darnos una idea gráfica de ese espacio gracias al libro *London. A Pilgrimage* (1872), donde Gustave Doré hace un monumental retrato del infierno contemporáneo. En compañía del escritor Blanchard Jerrold, Doré explora el paraíso de los privilegiados y el infierno del inframundo londinense. Dos Londres: el de los muelles nocturnos, el de las ciudades subterráneas, viviendas en serie donde se hacinan seres humanos miserables, el de los barrios bajos y la Babel de lenguas y razas; en todos estos escenarios donde se hacinan los pobres de los pobres, el buril de Doré se detiene minuciosamente. La densidad de sus grabados nos hace no solamente mirar Londres, sino oler la ciudad, adentrarnos en ella. En contraste, su rayado es sutil y ligero al reproducir *garden parties*, carreras de caballos, monumentos austeros y la primavera reverdeciente. Lo que Dickens logra en la novela, Doré lo plasma plásticamente en sus grabados. En la poesía francesa, Baudelaire había sido el primero, a través de los *Tableaux parisiens* de *Les fleurs du mal*, en hacer de la ciudad protagonista de la poesía. Rimbaud, quien amaba

a Baudelaire pero censuraba su utilización del ejemplo y la moraleja, su apego a lo anecdótico, rompe toda amarra. El Londres que aparece transformado en los poemas de *Illuminations* es la ciudad subterránea que exploró en sucesivas ocasiones entre los años 1872 y 1874. Acaso la inquietud de Marx ante la lectura de ese texto desconcertante que partía de la ciudad, pero se alejaba de su objeto para mejor poseerlo haya nacido de una convicción científica: acosado por una realidad tangible y maquinista, el poeta se ve obligado a hacer de su metáfora un objeto aparte: creación de realidades, la poesía quiere tener la tangibilidad y la utilidad de una herramienta de albañil, de la cuchara con la cual comemos. De nuevo, la *Lettre du voyant* nos ayuda a comprender este materialismo poético: "Las invenciones de lo desconocido exigen formas nuevas". Enid Starkie, la penetrante biógrafa de Rimbaud, hace la siguiente lectura del poema *"Villes"*:

> Su inspiración se apartaba del misticismo puro para dirigirse hacia temas relacionados con la realidad material. Es probable que empezara por entonces a componer algunas de las *Illuminations* al estilo de *"Villes"*, una nueva forma de poema en prosa. En ella hizo tangible, con sorprendente habilidad, el horror de la moderna capital industrial, con sus lóbregas calles que se dispersan hacia el horizonte en hileras inacabables; con las afueras de casitas miserables, atrincheradas tras jardincitos igualmente míseros. Y sobre todo ello, como un oscuro paño mortuorio, el *smog* londinense, que atraviesan en silencio figuras siniestras, las Furias del mundo moderno. Nada está descrito de manera realista, pero su evocación tiene tanta fuerza que su poder de sugerencia supera una simple descripción.

La densidad del poema londinense de Rimbaud, encontrado al azar por Marx, es semejante sólo a los grabados de Doré. Privilegia la sordidez de los barrios bajos, el tejido cerrado de la selva de mástiles, la opresión de ladrillos que clausuran todo paisaje. El buril obsesivo de Doré encuentra en Londres la prolongación del Infierno. Pero si en sus grabados aparece, al lado de los edificios, la gente, en el poema de Rimbaud no hay presencia humana, sino el peso de la ciudad, la Megalópolis que yergue minaretes y agujas fantasmales. Un equivalente arquitectónico más preciso de las "*Villes*" rimbaudianas serían las *Carceri* de Piranesi: escaleras que llevan hacia ninguna parte, colosales construcciones nacidas al compás de la pesadilla, edificios antiutilitarios que están ahí solamente por estar. Como la poesía.

V

¿Pudo Marx devolverle su manuscrito a Rimbaud? Aquí comienza propiamente la historia conjetural. Los contemporáneos de Marx hablan de él como un hombre afable, excelente padre y gran conversador. En el 23 de abril de 1874 que nos ocupa, Rimbaud, no obstante su excesiva juventud, había dejado de ser el *hooligan* que deseaba despertar susto y animadversión. Sus jornadas de lectura en el Museo Británico eran una forma de evasión, luego de haber escrito, en *Une saison en enfer*, fiel heredero de Alfred de Musset, la confesión más original y desgarradora de un hijo del siglo XIX. Si, como lo convenció la escritura de ese libro, "la verdadera vida está ausente", sus acciones se dirigirán ahora a vivir la vida

como todos. Las cartas a su hermano en julio de ese 1874 muestran a un Jean-Arthur solícito, preocupado por su familia y por obtener empleo. Aun así, preparado el terreno para un encuentro amable entre el poeta y el pensador, las cosas ocurrieron de otra manera.

Ese 23 de abril de 1874 Marx y Rimbaud llegaron casi al mismo tiempo al gabinete de lectura del Museo Británico. El primero trató de leer en la mirada del otro si ya era consciente de la pérdida del manuscrito. Los ojos azul acero del segundo, a un tiempo expresivos y lejanos, deben haberle dicho que para él lo menos importante del mundo era lo que la feria de vanidades denomina obra. Transcurrió así toda la mañana, hasta mediodía, en que el joven se estiró en su asiento y posteriormente abandonó la sala. El hombre maduro envidió ese gesto, imposible y acaso hasta ridículo en él, que se empeñaba en dar la apariencia de un respetabilísimo burgués. Minutos más tarde, Marx decidió concederse un descanso y caminar entre los mármoles griegos de Lord Elgin. La sala griega del Museo Británico estaba casi vacía, con excepción de un joven. El joven. Marx observó la figura de ese niño crecido con quien parecía estar constantemente reñida la cortedad del pantalón. En cuanto sintió que la mirada del joven estaba a punto de cruzarse con la suya, Marx la volvió hacia una de las cariátides en la sala, donde también confluyeron los ojos de Rimbaud. En la cariátide que había resistido el paso de los años, en ese resumen de la civilización occidental que Marx y Rimbaud sacudían hasta los cimientos, sus miradas estaban verdaderamente juntas, en una fraternidad desconocida para ambos. El hombre maduro tomó la iniciativa. No se atrevió a sonreír cuando se

acercó al joven. Sacó de su cartera el papel manuscrito y se lo ofreció a su dueño. Éste lo miró tranquilamente, lo guardó en la bolsa de la chaqueta, hizo una leve inclinación de cabeza. Entonces ambos, al mismo tiempo, sonrieron. Como si todo estuviera previamente ensayado, volvieron a su lugar en la sala de lectura del Museo Británico.

El epílogo de ese encuentro es, para ambos protagonistas, igualmente amargo y escasamente apoteósico: Marx dedica la última década de su vida a la terminación de los tomos segundo y tercero de *Das Kapital*, pero los padecimientos físicos, los problemas familiares y una depresión paulatinamente acendrada lo llevan a escribir cada vez menos, hasta su muerte el 14 de marzo de 1883. Tras su fugaz residencia en Londres, Rimbaud inicia la febril y fulgurante sucesión de viajes que terminan con el abandono de la pluma, la conversión del poeta en negociante, y la muerte el 10 de noviembre de 1891, en Marsella. En una fecha más cercana a nosotros, los nombres de Marx y Rimbaud volvieron a ser unidos por un poeta. En la ceremonia de recepción del Premio Nobel de Literatura, en 1971, Pablo Neruda concluyó así su discurso:

> Hace hoy cien años exactos, un pobre espléndido poeta, el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: *Et à l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes...*[***] En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente

*** Cuando llegue la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades...

> paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres. Así la poesía no habrá cantado en vano.

La poesía estaba, así, por delante de la acción, como soñó Rimbaud. Educadora de la conciencia, como quería Marx. Sin el dinero suficiente para alquilar un frac, Marx y Rimbaud asistían al acto, discretamente ocultos tras unas columnas. Al igual que en las escalinatas del Museo Británico, de nuevo tropezaban como los dos hermanos imposibles que fueron.

Thomas Mann en el Lido

(Página del diario de Katia Mann, 25 de mayo de 1911.)
Hoy llegamos a Venecia. En el Hotel de Bains nos han dado una habitación amplia, con grandes ventanas y muebles en madera de cerezo que parecen copiar la armonía de una ciudad, no obstante familiar, siempre sorpresiva. Pocas veces Thomas ha deseado tanto la llegada del verano. A medio camino en la escritura de su novela sobre Félix Krull, en Italia esperaba hallar la paz, si tal estado es concedido a los creadores. Otras veces, en cuanto llegamos a Italia, dejamos de preocuparnos por el alma y cedemos a la laxitud de los sentidos. Venecia permite esa convivencia, porque el cuerpo se halla tan colmado por el espíritu, que ambos respetan sus espacios. Ahora no ha sido posible establecer ese pacto no escrito. Menos para Thomas. Hombre de ciclos, artista de rituales, sé que no deja de pensar un instante en que hoy, hace exactamente una semana, Gustav Mahler dejó de existir en Viena.

Como si la ciudad se hubiera confabulado, en nuestro trayecto de Venecia a Lido, a bordo del *vaporetto*, nos dimos cuenta de que nunca estuvo tan gris y opresivo el cielo de Venecia. Thomas acariciaba la cabeza de Erika, quien a sus cinco años sentía el cambio en el humor de su padre. Después del desayuno me dijo que caminaría en dirección al Hotel Excélsior. Yo me quedé a acomodar la ropa de los niños, a darle a la habitación el calor necesario para sentirla casa. Al principio, en un cuarto de hotel todo parece tan ajeno. Después, con el paso de los días, la proximidad con los muebles, la disposición de los cuadros, los pasos que separan un espacio

del otro se vuelven tan familiares, que al momento de la partida nos duele dejar la morada que ya habíamos hecho nuestra.

En circunstancias que podemos llamar adversas, como ésta en la cual Thomas no encuentra paz en ninguna de las dos formas de existencia que él llama espíritu y vida, me siento más parte de su proyecto. Muchos libros continuarán publicándose sobre los escritores y sus obras. Pocos, o ninguno, sobre las compañeras del escritor, ésas que también hacemos la obra. Cuando nos casamos, todo mundo celebró que yo fuera la hija de un profesor de Munich, pues así podría comprender el trabajo de Thomas. Falso. Una aldeana analfabeta que conviviera con él, que quisiera quererlo, igualmente llegaría a comprender lo que el lector de la obra terminada seguramente ignora: las fases preliminares de la obra, las revelaciones difusas que más tarde estallan en el cielo como fuegos de artificio.

Por eso no tuve que preguntarle qué le sucedía cuando, a las dos horas de haber partido para su caminata, Thomas volvió en estado de agitación. Había tomado —gracias a Dios— más de la copa que acostumbra durante el día y el color había vuelto a sus mejillas. "La tengo, Katja, la tengo aquí", y se tocaba, con alegría, la cabeza y el pecho. "El alma, Katja, el corazón ya están aquí. Ahora sólo hay que vestirla y dejar que lo demás avance como deba."

Entonces pasó a explicarme sus revelaciones; en una mesa del Hotel Excélsior había pedido un oporto. De pronto, sintió que no era él sino Gustav quien bebía la copa. Más que Gustav, el personaje que Gustav sería si su personalidad tuviera que entrar en la obra de fic-

ción; era, agregaba Thomas, como si él pudiera mirar desde otra mesa a ese personaje, doblemente iluminado por el logro personal y por la fama pública. En ese momento hizo su entrada al comedor una familia formada por tres muchachas, la mayor de las cuales no llegaba a los quince años, una institutriz y un muchacho de belleza excepcional. Un hombre de cincuenta años —los que Gustav Mahler tenía al morir—, Venecia y el muchacho se revelaron ante Thomas como los elementos principales de una novela corta cuyo personaje, naturalmente, se llamaría Gustav.

Caída la noche, conseguimos que una camarista del hotel aceptara cuidar a los niños. Thomas y yo salimos a caminar, descalzos, por las arenas blancas del Lido. A quien ha visto el entusiasmo del escritor al término de una obra, habría que decirle cómo son superiores los primeros instantes, cuando todo es proyecto y los fantasmas aún no tienen la fuerza suficiente para torturarnos. Le pregunté si ya tenía título y me contestó: "Tres palabras, mi amor, y una de ellas debe ser Venecia." "Si es una novela de amor —le dije—, debe llamarse *Amor en Venecia.*" El rostro de Thomas adquirió nuevamente el tono sombrío de la mañana. Se volvió a mirar las luces de Venecia, esa reina caída de los mares, y me acarició la cabeza, de un modo semejante a como lo hizo con Erika por la mañana, cuando volvió a hablar: "Tal vez, Katja, tal vez. Yo mismo no sé todavía los desastres que esperan a Gustav."

Primer compás del Chopo

A José C. Valadés

El empleado del Ferrocarril Central entra en la oficina, cuelga la levita en el perchero, contempla las dos torres del Palacio de Cristal del Chopo mientras abre el cajón del escritorio donde se encuentran las listas de viajeros e itinerarios. Las Parlange y las Casasús, en el mismo tílburi, ascienden por la avenida Verónica, después de la cabalgata matutina en Chapultepec, cruzando apuestas sobre si el general llegará a la ceremonia en el landó negro con el escudo mexicano grabado en oro o en el opaco faetón victoriano. La más rubia de las Parlange se inclina por el landó. En el estudio, José María Velasco se arma de papel, plumillas, tinta sepia y antes del primer trazo mira el cielo de la clara mañana de septiembre. Doña Carmen no descansa en medio de la multitud que se ha reunido a la entrada del Chopo, bajo los relieves a colores en madera, el portalón sostenido por delgadas columnas, suspensa la enorme farola de papel con sus dragones áureos.

El landó negro que avanza por Héroes de la Independencia se carga ligeramente a la derecha; el general se lo advierte a Rafael Chousal en medio de instruccio-

nes para ministros: menor presupuesto para el ejército, importación de vajillas y mantelería, la casa en la plaza Río de Janeiro para la embajada japonesa, la recepción a Polavieja. El general contempla a su derecha la gigantesca estructura metálica del Palacio Legislativo, cuando el landó desemboca en el Paseo de las Estaciones. Atrás, el humo de las locomotoras en los andenes del Ferrocarril Central; más allá de la guerrera de botones dorados del cochero, de los caballos blancos y sus crines relucientes, más allá de los cascos prusianos de la escolta con sus moharras de plumas, el general contempla el palacio del Chopo, así a lo lejos como un juguete de la exposición de París tejido por una araña caprichosa.

La más rubia de las Parlange aplaude para sí y mira triunfalmente a las Casasús cuando el brillante landó negro se detiene frente al museo. En medio de la valla de honor, el general entra del brazo a la esposa del encargado de negocios extranjeros del Japón. Doña Carmen los recibe bajo la bóveda del museo; nota la condecoración solitaria —la cruz de la constancia de soldado veterano de la República— que destaca en el fondo negro de la levita, y la Casasús gana la apuesta a la menor de las Parlange, y la Parlange hace un mohín de disgusto soñando con el pecho del general lleno de tintineantes entorchados, mientras José María Velasco arroja una tercera hoja de papel al piso del estudio y el empleado del Ferrocarril Central ve desde su oficina la multitud de léperos que han instalado mirador en el muro de una casa lateral al museo.

El general recorre la exposición encabezando la multitud que inunda los pasillos: mira las banderas mexicanas y japonesas colocadas en todo el museo de

reluciente estructura de acero, erguida su bóveda apuntada sobre el juego de color y de líneas que llena por completo el edificio. El general recorre la sala, contempla en las vitrinas —a través de ese doble juego con que se burlan de nuestra vista los cristales—, los tibores, las tazas para té, las porcelanas pintadas a mano, las cajas musicales de lacas, los pómulos altos de la señora Horigoutchi, los dragones en miniatura, los ingenuos caballos de madera, la mirada lúcida y penetrante de Justo Sierra, los trabajos en metal, las lámparas y charolas en relieve que muestran campesinos en la siembra del arroz o enfurecidos samurais trenzados en combate; el óvalo perfecto en el rostro de la más pequeña de las Parlange, las pinturas sobre papel de arroz, bambú o seda. El general se detiene frente a una estampa: una ola solitaria que se rompe, pura y clara, contra el acantilado apenas sugerido por los delicados pinceles y la tinta aguada. Más allá, un ruiseñor canta en la rama de un naranjo; la colección con paisajes invernales de Kyoto, y Telésforo García y familia, y Antonio Álvarez Rul, seguramente también señora e hijas: las delicadas herramientas de ebanistería, y la señorita Concepción de Arrangoiz, las cerilleras, las cajas para tabaco y el embajador Creel conversando con Ramón Corral; los ceniceros en forma de flor, de cerezo o de elefante, y el general recordando la mirada verde, azul o gris de James Creelman, y las armas de fuego grabadas, las culatas con incrustaciones de concha y plata.

El general termina de recorrer la exposición y se dirige al jardín. Entre los árboles enanos y el paso indiferente de los pavos reales, junto al estanque donde flotan grandes lotos, doña Carmen rechaza con una sonrisa la limonada fría que le ofrecen cuando ve llegar

al general, que ocupa el lugar de honor en la mesa y escucha el discurso del representante japonés mientras piensa en Creelman y en Bernardo Reyes; busca con la mirada a Limantour, recuerda vagamente los rasgos del norteño de corta estatura que salió libre por influencia de su ministro. El general continúa escuchando el discurso, aprieta los puños, piensa en los cielos impecables de Oaxaca y en el sabor que tenía la pólvora en el aire un día de abril en Puebla, mientras contempla la bóveda que reafirma la entrada por sus manos de un nuevo barroco imaginativo y desatado. Sobre su cabeza, la luz entra cegadora desde todos los ángulos; doña Carmen escucha el discurso pensando en los vestidos para el gran baile de Palacio, el 15; la mayor de las Casasús flirtea desde lejos con un lagartijo de ocasión que fuma recargado en uno de los estantes. El general responde al discurso, el pecho erguido y la voz pausada. Doña Carmen lo ve idéntico, después de nueve años, al cuadro pintado por Cusachs, en que aparece con sombrero montado de astracán negro y plumas de avestruz, uniforme de general del ejército republicano y botas altas en el alazán sereno y poderoso; se arregla el collar sobre el vestido gris perla, aplaude el breve discurso del general, desciende del estrado y se dirige a la salida, mientras da instrucciones a Limantour y a Chousal y acaricia el bastón con mango de cabeza de león que le ha obsequiado personalmente la señora Horigoutchi y la valla vuelve a abrirse y suenan los acordes del himno.

Doña Carmen permanece en el jardín, con las damas de sombreros empenachados, ultimando preparativos para la *garden party* que se ofrecerá en Chapultepec en honor del cuerpo diplomático acreditado en

México. La hija más pequeña de la familia Brest se alza sobre la punta de sus pies para besarla, y doña Carmen sonríe aunque siente la mejilla pegajosa de limonada y caramelo.

La multitud se deshace tras la partida de la escolta y del landó negro tirado por los caballos blancos en que el general sube. Levanta apenas la mano, sin sonreír. El empleado de la oficina del Ferrocarril Central ríe al ver que los policías logran finalmente bajar a los léperos, que escapan corriendo por la calle del Chopo hacia la Ribera de San Cosme acompañando su despedida con blasfemias y señales obscenas. Adamo Boari es asediado por un grupo de estudiantes de arquitectura interesados en las estructuras utilizadas por Eiffel y en los planos del Teatro Nacional. La mayor de las Casasús guiña un ojo al lagartijo, al tiempo que desliza furtivamente una nota entre sus dedos. Don Justo se acaricia la barba mientras comenta los preparativos finales para el viaje científico y cultural a Teotihuacan. Afuera del museo, los landós y los tílburis se alejan en distintas direcciones, con sus ocupantes que anhelan el paseo por San Francisco y Plateros. Los aeronautas primitivos encienden los Ford y se dirigen a los llanos de Balbuena. Y José Juan Tablada ya irá por Reforma en su automóvil nuevo, suspensas en sus pupilas las sutiles estampas japonesas, la doncella de rostro palidísimo que interroga su belleza en un espejo, los delicados sembradores de arroz en los quitasoles, los dragones escarlata sobre el negro brillante de los kimonos, y José María Velasco dará los últimos toques al dibujo en sepia de un sátiro a punto de poseer a una ninfa menos Rubens, más Ingres y casi Alfons Mucha o Julio Ruelas: el Paseo de las Estaciones y la calle de Chopo

quedarán sembrados de papeles multicolores, de banderas mexicanas y japonesas, de ramas rotas del ciprés que algunos utilizaron como mirador. En San Cosme, los léperos pensarán en visitar por la tarde los nuevos aparadores de Las Fábricas Universales; Miguel Lebrija revisará su globo para la ascensión al día siguiente; los empleados colocarán en la canastilla la manta con el nombre de la fábrica de cigarros El Buen Tono. Los aeronautas en los Ford celebrarán el vuelo de Glenn Curtis sobre el lago Erie, y en un mismo Brougham, rodando por Plateros, el general González de Cosío comentará con el embajador Creel los preparativos de Turquía para la guerra con Grecia. El landó brillante estará ya dentro de Palacio; el general aún pensará en Creelman y se sorprenderá al entrar en su despacho repasando en la memoria líneas textuales de *La sucesión presidencial.* El empleado de la oficina de itinerarios del Ferrocarril Central consultará el reloj, guardará en el cajón de la derecha las listas de viajeros; abrirá el cajón izquierdo, el mismo en que guarda la pistola, extraerá un legajo de hojas suciamente mecanografiadas que comenzará a copiar con su hermosa letra, manchando ligeramente, pero corrigiendo a tiempo, la pata de la p: "Plan de San Luis Potosí". Antes de echar llave al cerrojo y correr la persiana, contemplará las palomas posadas en la bóveda del museo, en las agujas de remates caprichosos y vivos, flamantes bajo el sol del mediodía.

Al licenciado le gustan las mujeres

A Luis Raúl González Pérez

Jerez de García Salinas, mayo de 1888
Trinidad Berumen despereza sus diecisiete años y en cada doblez sonoro del camisón almidonado palpita un aroma de estreno. Inician la mañana los tañidos de la primera misa; una mestiza enorme, plena como cántaro, dora sus manos en el maíz que las palomas de cuello azul esperan en el patio ya regado. Trinidad sonríe porque todo transcurre como siempre. Sólo son nuevos la respiración del hombre que duerme a su lado y el vientre de ocho meses que la hace sentirse alternamente inútil y generosa, como la mesa, la cuchara, la olla de frijoles que desde el brasero llena la casa con fragancia de epazote.

Seminario Conciliar de Zacatecas, octubre 1900
Sobre la mesa, el busto de un hombre joven sin corbata y los cabellos abandonados al viento. Por el aire afilado, insolente y azul de Zacatecas, una nube se esponja; flota libre y sin prisa por un cielo más mar que el navegable. Feliz y con el orgullo del primer pantalón largo que hoy estrena, el niño la mira como si por su voluntad la nube

aumentara su volumen. Se abre la puerta de la oficina del rector y el niño sujeta con más fuerza la mano de su padre, mientras detiene sus ojos en el busto. En voz baja el padre dice: "Lord Byron".

Avenida Jalisco, ca. 1915
Negras la levita y la corbata, tan lejanas a los multicolores de Enrique Fernández Ledesma y los chalecos optimistas de Rafael López; negro el sombrero de alas cortas que le da más edad; negro el color de sus ojos, dos bruñidas uvas negras; negro el color de los guantes de la prisionera del Valle de México que desde un sueño lo llama; negro el atuendo con el cual Margarita Quijano entrará en su vida, un día 13, prófuga de una redoma de alquimia o de una asamblea de oblongos vitrales.

Avenida Madero, 1916
Por la calle donde entró la tropa de Zapata para que después su tropa desayunara en Sanborns; por el espacio donde Manuel Gutiérrez Nájera persiguió los encantos de la duquesa Job; por el paseo de las calandrias donde las mariposas desplazan su mercadería palpitante; por los varios segmentos de la arteria donde fluye con más vigor la sangre de la urbe, camina el poeta con pasaporte de licenciado. En su cartera, junto al corazón, las otras credenciales: la del caminante nocturno que al ritmo de sus pasos descubre la alquimia del lenguaje; la del maderista que cree con buena fe en la democracia como única solución a los problemas; la del niño provinciano que extraña un dulce de biznaga mientras sus ojos y su paladar se cruzan con los aparadores de la pastelería francesa.

Playas de Melaque, 1918

Fuensanta, no conociste el mar. Pero mira al de las promesas enfrentado a esa sábana inmensa que debajo tiene más agua todavía. Míralo, otras veces tan formal y girito, emborrachado de sol y sal marina; siente cómo se afinan una por una todas las cuerdas de su alma; huele con su nariz el yodo y la palmeras; la grupa bisiesta de mulatas que calientan más que el sol los litorales; gusta cómo comprueba la exactitud de sus palabras en la alegría de las mareñas y cómo en su boca van dando tumbos, retumbantes, las sonrisas. Escúchalo, Fuensanta, enamorado de la vida como un niño salvaje: él quiso ser, para ti, la casta pequeñez de su barbarie.

Escuela Nacional Preparatoria, 1919

Entre las arcadas que Álvaro Obregón ha repartido a los pintores que visten como obreros, los dos adolescentes atildados conversan con el profesor que ha terminado la clase. Uno es todo ojos y orejas, gesto nervioso y alerta como venado que teme ser sorprendido; el otro ve llegar los minutos con la facilidad más trágicamente deportiva que nos enseña Wilde. Hablan, como era de esperarse, de literatura. Pero las preguntas de los dos jóvenes sólo son pretextos, puentes temporales, recursos que utilizan para conocer a través del gesto, las palabras, la vestimenta de liberal del siglo XIX, al hombre que conocen a través de la otra vida, donde la combustión de los huesos se transforma en los mejores objetos verbales que se están escribiendo en la República. De pronto, un silencio más largo indica que la conversación ha llegado a su fin. Salvador Novo y Xavier Villaurrutia ven alejarse por los pasillos la figura de ese pésimo profesor, príncipe de los poetas.

Alameda Central-Avenida Jalisco, junio de 1921

Al licenciado le gustan las mujeres, las altas horas y Montaigne. Y es en las altas horas de la noche cuando las otras dos pasiones afinan el bisel de sus espejos para que el licenciado, en traje literal de caballero andante, en ellas fortifique sus reflejos. Es más de medianoche en la Ciudad de México y, a pesar de junio, cala un frío que parece nacido de su pueblo, ese punto geográfico indeciso entre abandonar el centro y comenzar a ser historia de desiertos y domadores de potros.

Camina por la avenida Bucareli, frescas aún las citas, la discusión entusiasta, los conjuros a través de los cuales él y sus amigos han revivido al autor de los *Ensayos*. Sólo lo interrumpe la oferta de los taxistas de alquiler, los fotingos cuyos conductores miran desconcertados a ese hombre de figura esbelta, siempre de negro, empeñado en vivir la orgullosa ciudad con la parsimonia amorosa y la lenta posesión de los lugares pequeños.

A la altura de la avenida Cuauhtémoc descubre dos turbadoras flores de pecado, ojerosas, pintadas, vestidas como calaveras catrinas, que lo señalan con grandes carcajadas, mientras él les devuelve una sonrisa cálida, envolvente. "Ahora no." Recuerda entonces el poema que, escrito a lápiz, debe confiar cuanto antes a la fidelidad más permanente de la tinta. Piensa otra vez en Montaigne y su vehemencia interior se hace más fuerte conforme las palabras del francés se cruzan con su propio discurso: con el adjetivo fugaz, vertiginoso, que ya estaba ahí y de pronto fulgura, primero con la palidez de las farolas al principio de la avenida Jalisco, más tarde con la pertenencia de la sangre que fluye en las venas con su legión de hormigas.

Las tinieblas son húmedas. Lo vuelve a sentir ahora como lo descubrió en su despacho de avenida Madero al hablar por teléfono con la luz apagada; así, su voz resuena íntegra en el caracol de aquella que lo recibe del otro lado del cable. Le gusta caminar cuando la mayor parte de la ciudad duerme. Atento al sonido de sus pasos y al ritmo de su sangre, se acendran palabras. Se aquilatan imágenes, encuentra los sones que el corazón descubre en ese íntimo contacto con sus propios latidos. Frente a una de las casas más elegantes de la avenida Jalisco, mira, como todas las noches, el Ford flamante, discreto pero eficiente, que hace guardia afuera de la casa del presidente. "Ahora todos los caminos conducen a la Roma", piensa el licenciado, mientras el presidente sueña con los clarines de victoria en el campo de Celaya.

El licenciado llega, por fin, hasta su puerta. Cuando gira la llave, el frío parece colarse hasta el último de sus huesos en combustión. A pesar de las molestias en la garganta, se detiene; mira con atención su mano y la acerca lentamente hasta sus ojos. La abre por completo, a la luz que hace más visible la niebla enroscada en los árboles que guardan la avenida. Días atrás, en esa palma se miraron los ojos de una gitana altiva, madura y hermosa, digna del pincel de Saturnino. "Amas mucho, mucho a las mujeres, pero les temes. Tienes miedo también de ser padre. Esta línea me dice que morirás de asfixia." Quisiera tener a alguien cerca para decirle, simplemente, lo que muchas veces susurra cuando todo parece —como ahora— tan armónico, tan pleno y tan eterno: "La vida." Pero en la calle sólo anda el sereno, con un silbato aún más de juguete que el tren que lo tra-

jo a esta ciudad que ya es la suya. Entra en la casa donde los otros López Velarde Berumen llevan varias horas de buscar en los sueños la justicia.

Paraninfo de la Universidad Nacional, 20 de junio de 1921
No te ocultes de la gente, Margarita Quijano. Aunque nadie lo sabe, en tus ojos palpitan las palabras que, escritas para ti, mañana encenderán a otras mujeres. No temas brillar, criatura, como un sol de púrpura en ese lugar donde el duelo parece obligatorio. Sonríe con toda la luz de tus dientes, viuda de un esposo que nunca iba a ser el tuyo. Como la Cámara de Diputados, guárdale luto por tres días. Después, como ella, deja que la vida continúe, engalánate, bebe lentamente un vino brioso. Alégrate, que la inmortalidad apenas estará comenzando.

Panteón Francés de la Piedad, julio de 1921
Vine porque sabía que ibas a estar solo. Cuando los muertos se convierten en costumbre es cuando en verdad nos necesitan. Entonces las tumbas son más tristes porque nadie quiere abrir la herida reciente y todo es flores marchitas, engarruñadas, como si estuvieran hechas de un papel amarillento y quebradizo. El domingo pasado, mi hermano Alejandro llegó con la noticia. No sabía cómo dármela y le abrevié el trabajo: sin quitar los ojos de las páginas del periódico, pregunté: "¿Ya?" Qué grotesco es todo. Uno ensaya, sin quererlo, las maneras en que va a enfrentar la muerte y a la hora de la verdad todo nos toma por sorpresa y actuamos como si no nos hubiéramos preparado toda la vida. Escuchaba que la pulmonía me arrancaba para siempre a mi novio, mientras pasaba las páginas del periódico y me topaba con el

anuncio: "El invierno no encierra temores para los que se fortalecen a buen tiempo con la famosa Emulsión de Scott." Luego supe que era una reacción vital, instintiva, para aceptar lo lejos que ya estabas de la palabra aquí, mientras yo aún miraba el amanecer espléndido y pasaba, sin verlas, las páginas multicolores de Mutt y Jeff, las maldades de los pilluelos y Ramona tratando de domesticar a su marido.

Alejandro continuó diciendo que esa misma tarde te iban a trasladar al paraninfo de la Universidad; el presidente Obregón pagaría los gastos. Vasconcelos y toda la comunidad estaban tan apesadumbrados, que lo único que podían hacer era ofrecerte funerales de príncipe. Y a mí qué me importaba toda esa ceremonia, el prestigio y la salvación eterna. Le dije a Alejandro lo mismo que a ti la vez que discutimos por tu poema "La mancha de púrpura" y te dije que yo no quería esperar, que tu famosa teoría del eclipse y las visitas espaciadas eran pura literatura y que yo no te quería como poeta muerto, sino como hombre vivo. Al final, Alejandro me convenció de ir un rato al sitio del velorio. Llegué furtivamente, como si yo hubiera sido tu asesina. La discreción que siempre mantuviste alrededor de nuestra relación fue, eso sí, respetada por tus amigos y nadie se me acercó a darme consuelos excesivos. Duré sólo lo suficiente para leer la lista de las guardias de honor que te harían a partir de las ocho de la noche: exclusivamente hombres, Ramón. Allí estaban muy circunspectos y realmente afectados, los cuatro que harían la primera: José Vasconcelos, Alfonso Cravioto, Rafael López y mi hermano, Alejandro Quijano. Todos buenos amigos, Ramón, todos hombres de talla. Pero todos hombres. Ninguna mujer, Ramón.

Ninguna de nosotras que se atreviera, cuando tu féretro debió haber estado rodeado por Tórtola Valencia, Antonia Mercé, una vendedora de chía y Anna Pavlova agradeciéndote que la hubieras llamado Melómano Alfiler sin Fe de Erratas. Porque tú hubieras querido morir rodeado de mujeres, si alguien hubiera leído con atención tus palabras sobre Saturnino Herrán. Por eso me salí del paraninfo y por eso lloré y no quise ir al día siguiente a tu entierro.

Un muerto no es de todos, aunque insista en afirmarlo el John Donne que leímos alguna tarde en una banca de la Sagrada Familia. Si así fuera, el mundo se detendría. Pero aquí todo continúa, incluso en esta necrópolis donde la gente habla en voz baja. Por todo eso vine hoy, vestida no de negro, como te gustaba, sino con un vestido blanco que guarde mejor el perfume de mi carne, para hacértelo llegar a donde te encuentres. Y vine para arreglar tu tumba, para quitarle las flores secas, las coronas marchitas y barrer y regar la que ahora va a ser tu casa, ya que nunca tuvimos otra. Pero no vine a llorarte. Después de que termine, iré dos filas adelante, allí donde se encuentra desde hace cuatro años —qué ironía— Josefa de los Ríos, la Fuensanta que quise como una hermana a través de tus versos, y le pondré las flores que tú dejaste de llevarle.

Que sea para bien, Ramón. Los muertos no se quedan solos: nosotros nos quedamos con su hueco. Yo me quedo en el mundo a olvidar tu cadáver, a aprender a vivirte. Y cuando acepte que en verdad moriste, cuando me case con otro y llegue la noche de bodas, querré que me toquen como hubiera querido que me tocaras. Entonces sabré que no existe el olvido y que no estás

muerto, y que el Ramón López Velarde que se pudre bajo tierra es otro. El mío es inmortal y florecerá en cada invocación, como la primavera.

Luis de Sevilla escucha a Mozart

A Guillermo Fernández

Atrás ha quedado el portón vetusto que hace un par de horas fue el umbral de la dicha, y ahora te sorprendes en la calle empedrada, tú el primero en salir tras el aplauso final, de vuelta en el tiempo profano de los hombres. Gratitud hasta el instante de tu muerte al grupo de músicos que a ti y a otros privilegiados convidaron, en esa mansión de San Ángel, al concierto en homenaje a todos los seres —el niño prodigioso, el adolescente iluminado, el adulto cima de su tiempo— que llevaron el nombre de Wolfgang Amadeus Mozart. Como el amor o el agua, incontinentes, la música se mete en todas partes. Y tú, que para traducir el mundo sólo tienes palabras, padeces sus límites ante la emoción inmediata y unánime de la música. Alguna vez escribiste, en vano intento por aprehender el aire enajenado: "A la música hay que aproximarse con la mayor pureza, y sólo desear en ella lo que ella puede darnos: embeleso contemplativo... su armonioso ir y venir, su centelleo multiforme, eran tal ola que desalojase las almas de los hombres. Y tal ola que nos alzara desde la vida a la muerte; era dulce perderse en ella acunándonos

hacia la región última del olvido." No bastan las palabras. ¿De qué sirve saber que a esa rendición del espacio a la música es preciso darle nombre, decir *Concierto número 1 para corno en re mayor, Köchel 412* escuchado por ti como nunca antes? No pienses. Siente. Privilegio es que a tu edad los sentidos estén tan alertas y tensos como en la adolescencia. Sé fiel, entonces, al instinto. Entréguense tus pasos a repetir compases de esa música ya para siempre anidada en tu alma; suene este viento entre los árboles como aliento de Marsias en la flauta fatal y redentora. Aspira el perfume lento de la tarde acendrado por la primavera; el canto de los pájaros que, arracimados, visten de otro follaje los árboles de la plaza San Jacinto. De aquí a tu casa en Coyoacán te esperan varias plazas. Privilegio del solo a quien espera nadie, puedes vagabundear, detenerte para que la memoria te devuelva la nitidez del tema, la precisión del desarrollo: ironía y pasión, hondura y ligereza. De nuevo las palabras. Antes de que te tomen, cierra los ojos. Recobra la *Sinfonía concertante*, donde oboe, corno, fagot y clarinete son brillantes soldados que soplan al unísono, y al final cada uno se despide, como el sol que se aleja diariamente. Bajas por la calle de La Paz, a solas con el mundo, agradecido al niño que abandonaba el juego para escribir esta sonatina, aquel *minuetto*, esas primeras sinfonías que tienen a un tiempo la frescura de lo que inicia y la nube negra de la muerte temprana. Pero la emoción es tanta, el recuerdo de la música tan hondo, que comienza a dolerte como el amor presente o ya perdido. A las emociones es preciso apaciguarlas o encenderlas más, para que luego venga la calma de los justos. ¿Estás solo? No. El poeta es instrumento músico; en ti resuena la música de Mozart y eso logra que Mozart te acompañe.

Convídalo, entonces, a brindar contigo. Sumérgete en el bar de este edificio que fue una gran hacienda. Los otros están ahí, intocados por la música, ocupados en afanes de este mundo. Tú vives más allá, en ese otro reino donde Ludwig soñaba con estanques y cisnes. Te sientas y pronuncias lentamente dos palabras: "Martini seco." Cuando el mesero vuelve, el perfume letal de la ginebra llega hasta tu olfato. Entonces comprendes. El viejo portón de San Ángel, el cual cruzaste para entrar al tiempo y al espacio de Mozart los instrumentos afinados lentamente por los músicos, oficiantes de una liturgia siempre renovada, son como la perfección sin mancha del ahora en esta copa cuyo solo perfume te saca, como la música, del mundo. Ya no podrás, aunque mande tu cuerpo, dejar de traducir a palabras lo que sientes. Mojas tus labios en el martini y las palabras nacen, como notas en la pauta del cuaderno:

> Sí, el hombre pasa, pero su voz perdura,
> Nocturno ruiseñor o alondra mañanera,
> Sonando en las ruinas del cielo de los dioses.

Milonga para el arma blanca

A Jorge Libster

I

La siguiente historia me fue referida por Manuel Andrade, mexicano, pintor y trotamundos. Sucedió en Buenos Aires. Debió ser por la tarde, cuando los colores se amortiguan y propician el retrato espiritual de calles, ombúes y edificios. En la esquina de Charcas y Maipú, un hombre y su acompañante daban un paseo vespertino. La circunstancia se hubiera sumado a una serie de sucesos que mañana serían patrimonio del olvido. La registro, como la guardó Manuel Andrade, porque el hombre del otro lado de la acera se llamaba Jorge Luis Borges. Para los habitantes del barrio, Borges, sin otra necesidad nominal, como los dioses o la lluvia. El anciano le pareció a Manuel Andrade una joya resplandeciente engastada en el estuche pardo de la ciudad.

Mi amigo nunca se ha caracterizado por la prudencia, arma secreta de los tímidos. No le bastó mirar a Borges: quiso que al menos el segundo de los sentidos platónicos transformara la leyenda en realidad palpable. Cruzó la calle. En cuanto se le acercó, Borges, antes

que su acompañante, advirtió la posibilidad del encuentro. Como un baquiano que volteara el rostro al cielo en busca del rumbo de la caballada. La que a partir de ese momento para Andrade se llamaría María Kodama, gentilmente habituada a ese tipo de intromisiones, presentó a Borges con el mexicano. La mano de Borges era tan suave como su sonrisa o el traje de franela gris que lo envolvía. Andrade no temió al ridículo y recitó la letanía que el homenajeado conocía de memoria: que lo admiraba mucho y había leído todos sus libros. Lo primero era cierto. Lo segundo, casi falso. Fue más allá: le pidió la posibilidad de conversar con él unos minutos. Borges se excusó esa tarde, pero le pidió que volviera la siguiente. Le dio su dirección, que era del dominio público, al menos en Buenos Aires. Era la misma actitud, humilde y orgullosa, que empleó ante unas personas que se le aproximaron para decirle: "Borges, somos escritores argentinos." A lo cual respondió, infantil y jubiloso: "Yo también."

Apenas se despidió de él, Andrade se arrepintió de su osadía. El encuentro había tenido la magia de lo inédito y la reincidencia haría de lo imprevisto una rutina. Estuvo a punto de alcanzar al escritor para inventar una excusa, pero no se atrevió. Dedicó el resto de la noche a buscar en la Librería de la Ciudad, en la propia calle Maipú, las obras de Borges que no había leído, para que al menos el pretexto de la dedicatoria justificara la aventura del día por venir.

Mucho antes de la hora de la cita, Andrade se sentó a la mesa de la confitería Florida Garden, donde devoró un par de medialunas que prolongaran el sabor y el aroma del café. Al hojear uno de los libros que había

comprado, concentró su atención en el cuento "El Sur". Sólo entonces se dio cuenta de que él, como Dalhmann, había estado enfermo, y que la salida del día anterior, consagrada por el encuentro con Borges, había sido la primera donde la convalecencia había cedido paso a esa notable recuperación que borra las huellas externas de la enfermedad. Andrade no sabía que "El Sur", como "*The Man of the Crowd*" de Edgar Allan Poe o "*Wakefield*" de Nathaniel Hawthorne, son textos en los que el narrador tiene que ser un enfermo recuperado: alguien que ha cruzado la línea de sombra y le es concedido regresar. De ahí su percepción inédita de la vida y de sucesos próximos a la epifanía y al milagro.

Mientras ascendía la escalera del edificio de departamentos donde Borges vivía, Andrade sintió que tenía preparada la primera parte de su conversación. Le abrió la puerta una robusta empleada que parecía haber nacido con la casa. El maestro lo esperaba en medio de una habitación ejemplarmente desnuda, en una silla que semejaba el trono elemental y poderoso de un monarca eterno. A sus pies, el gato —que la poesía consagró bajo el nombre de Beppo— jugueteaba de espaldas con un gesto que podía ser tanto de naturalidad como de desconfianza. Andrade carecía del entusiasmo de la tarde anterior, pero al sentarse frente a Borges supo que él, Andrade, debía mover la mayor parte de las piezas y que en realidad terminaría por jugar él solo. Atropelladamente recordó la visita de Borges a México, el entusiasmo de sus admiradoras femeninas. Pensó auxiliarse con la alusión a aquella famosa y para algunos indigna fotografía en la que Borges es otro humano más, de espaldas en el mingitorio. Borges ayudaba, sabiamente,

a que los minutos fueran no sólo tolerables, sino permanentes. Un silencio más prolongado que los otros enteró a Andrade de que la entrevista llegaba a su fin. Borges sintió la actitud del que se incorporaba y entonces habló, ya no al visitante anónimo, sino a ese Manuel Andrade que le recordaba una tierra varias veces tocada por sus letras.

—Ustedes los mexicanos, como los argentinos, son hombres de armas. Supieron manejar admirablemente los revólveres y los caballos que inicialmente los vencieron. Permítame obsequiarle algo que marque esta visita.

Seguro en la geografía de su laberinto doméstico, Borges hurgó entre varios objetos de una mesa de centro. Escogió un cuchillo y lo extendió a mi amigo.

—Éste es un viejo facón que lo mismo sirvió para matar una vaca, curtir su piel o hundirse en el corazón del adversario. Consérvelo y cuídelo. Llévelo y cuídese.

Rechazar el obsequio hubiera sido una osadía mayor y más absurda que la circunstancia que había llevado a Andrade a casa de Borges. Agradeció el cuchillo y dijo que lo conservaría toda la vida. No cumplió, para mi fortuna, con semejante juramento. Al día siguiente, Andrade se encontró con el escritor Guillermo Fadanelli, de paso en Buenos Aires. Le hizo entrega de un paquete que contenía discos y libros. El destinatario era yo. De regreso a México, Fadanelli cumplió meticulosamente su misión. Tras relatarme la vida de Manuel Andrade en Argentina, incluido el encuentro con Borges, me hizo entrega del paquete. Contenía la *Misa Solemne* de Beethoven, dirigida por Arturo Toscanini, las obras completas de Anatole France, así como algunos hallazgos

de literatura argentina que mi amigo había hecho en librerías de viejo. Y el cuchillo de Jorge Luis Borges. "Consérvelo y cuídelo. Llévelo y cuídese."

II

La custodia, antes que la posesión del cuchillo de Jorge Luis Borges, revivió, por intermedio de Fadanelli, un diálogo con mi lejano y siempre próximo amigo Manuel Andrade. Fue también el origen de varios misterios. He referido la historia de aquel encuentro en Buenos Aires tal como fue, como pudo haber sido, como yo hubiera querido que fuera. Tal es la idea manifiesta en *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas, que no dista de la concepción borgiana de la Historia: más que lo históricamente comprobable, lo simbólicamente verdadero. Borges hizo entrega de uno de sus cuchillos a Manuel Andrade. Este quiso que yo compartiera el encuentro y el obsequio y estrechara, desde México, la mano de Borges.

Lo conservé junto a los libros del autor, encima de un viejo librero, acaso contemporáneo del facón. Pronto mis amigos supieron de él. Jorge Esquinca lo incluyó en un inventario de objetos que nos hermanaban; Felipe de Jesús Hernández lo acariciaba con reverencia peligrosa y añadía nuevas conjeturas a la historia. Para incorporar el fetiche a nuestra imaginación cotidiana, leíamos el texto de Borges "El puñal", dedicado a Margarita Bunge:

> En un cajón hay un puñal.
> Fue forjado en Toledo, a fines del siglo pasado; Luis

Melián Lafinur se lo dio a mi padre, que lo trajo del Uruguay; Evaristo Carriego lo tuvo alguna vez en la mano.

Quienes lo ven tienen que jugar un rato con él, se advierte que hace mucho que lo buscaban, la mano se apresura a apretar la empuñadura que la espera; la hoja obediente y poderosa juega con precisión en la vaina.

Otra cosa quiere el puñal.

Es más que una estructura hecha de metales; los hombres lo pensaron y lo formaron para un fin muy preciso; es, de algún modo, eterno, el puñal que anoche mató a un hombre en Tacuarembó y los puñales que mataron a César. Quiere matar, quiere derramar brusca sangre.

En un cajón del escritorio, entre borradores y cartas, interminablemente sueña el puñal su sencillo sueño de tigre, y la mano se anima cuando lo rige porque el metal se anima, el metal que presiente en cada contacto al homicida para quien lo crearon los hombres. A veces me da lástima. Tanta dureza, tanta fe, tan impasible o inocente soberbia, y los años pasan, inútiles.

El texto anterior, uno de los predilectos de Borges, pertenece al libro *El tamaño de mi esperanza*, que posteriormente eliminó de sus obras completas, acaso porque creyó más en la incomprensión de sus lectores contemporáneos que en el juicio de tiempo. En mi departamento del barrio de Tlalpan, que alguna semejanza tiene con ciertos rincones del Adrogué de Borges, el cuchillo se convirtió en notable inquilino. Así como, tras el terremoto de 1985, de la casa afectada del poeta Guillermo Fernández: ante la amenaza de que el ejército se disponía a cercar el barrio, sólo se me ocurrió rescatar un pe-

queño óleo que representaba al Popocatépetl y una rosa enmarcada, que Guillermo había cortado de la tumba de Chopin; en caso de otro siniestro seguramente yo hubiera pensado, primero que nada, en el cuchillo. Aprendí a conocer de memoria su peso y la temperatura de su pomo de cuerno y madera, su hoja herrumbrada que no reflejaba más el rostro de su contemplador, pero sí las almas de sus antiguos poseedores, de sus probables víctimas. Recordé "Chac Mool" de Carlos Fuentes y "Mi vida con la ola" de Octavio Paz, dos cuentos donde lo que convencionalmente llamamos inanimado modifica de forma radical la vida del personaje y de la narración. Borges era un hombre de rituales obsesivos y el apego a ciertos objetos era una forma de estar menos desamparado en un mundo que le cerraba paulatinamente la posibilidad de contemplarlo. La ceguera debe haber acentuado ese fervor por sus objetos personales, esos con los cuales podía utilizar los sentidos restantes. De ahí la importancia de un poema como el siguiente, que data de 1965:

El bastón, las monedas, el llavero,
La dócil cerradura, las tardías
Notas que no leerán los pocos días
Que me quedan, los naipes y el tablero,

Un libro y en sus páginas la ajada
Violeta, monumento de una tarde
Sin duda inolvidable y ya olvidada,
El rojo espejo accidental en que arde

Un poniente ilusorio. ¡Cuántas cosas,
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como tácitos esclavos,

Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido,
No sabrán nunca que nos hemos ido.

Borges decía: "Los argentinos estamos mejor dotados para la amistad que para el amor y la familia." La intensidad y, por ende, los peligros de los afectos humanos aumentan con el paso de los años. Las reuniones con mis amigos, particularmente con los venidos de otras ciudades, exacerbaban la fraternidad y por lo mismo la ponían a prueba. Jalisco ha sido tradicionalmente tierra de sangre y arena, de duelo y valentonada. Una noche en la que el alcohol y la música del trópico oficiaron sus ritos paralelos, a los enfrentamientos verbales sucedió el peligroso umbral de la pelea. El armisticio pudo establecerse y todos se retiraron, dolidos y orgullosos, golpeados más en el alma que en el cuerpo. Cuando emprendí la limpieza de mi departamento, esa acción que nos permite sentirnos creadores de un pequeño mundo, descubrí que el cuchillo de Borges no estaba en su sitio. Tampoco en otro. Al día siguiente pregunté por él a mis amigos y nadie supo decirme su paradero. Lo di por perdido. Varios meses después, cuando emprendía un nuevo e inútil escrutinio de libros, detrás de un ejemplar encuadernado en piel de nonato del *Martín Fierro* de Miguel Hernández, estaba el cuchillo, con su lenta sabiduría de piedra o de serpiente, con todo el tiempo para esperar a quien quisiera utilizarlo para sobrevivir o dar la muerte.

III

La primera y más inmediata explicación para el cuchillo perdido es que en medio del fragor del combate etílico, y siguiendo el consejo del Auguste Dupin de Edgar Allan Poe, quien sostenía que el mejor lugar para esconder la carta robada era el más evidente, en un acto instintivo, a continuación olvidado, oculté el cuchillo para impedir que ejerciera su voluntad en alguno de los amigos que esa tarde se manifestaban proclives a la gresca. La segunda hipótesis, acaso más probable por fantástica, es que el cuchillo decidió esconderse, dormir un sueño prudente, alejarse de una algarabía que le recordaba su destino anterior de habitante de pulpería, su lugar bajo la axila derecha de quien lo portaba como prolongación de su mano.

Llego ahora al instante de mi narración en que debo entrecruzar el relato de Manuel Andrade, la literatura de Borges y la manera en que las actuaciones de su cuchillo contribuyen a leerlo. El primer misterio emerge de las condiciones de la entrevista. Los biógrafos de Borges mencionan la inverosímil disposición y la paciencia que el escritor manifestaba para escuchar a todo aquel que se le acercara. Haydée Santillán, su secretaria en la Biblioteca Nacional, recuerda: "Tomaba gaseosas, jamás té o café. Recibía a todo el mundo; eso parecía encantarle. Jamás se negó a nadie. Decía que prefería esas tertulias a las conferencias." De ahí la facilidad con la que Manuel Andrade pudo obtener un pasaporte a la morada del Dios.

Pasemos al examen de las palabras de Borges, al menos de aquellas que transmitió a su visitante mexi-

cano como si fueran la fórmula de una hechicería para iniciados. Borges sintió alejarse a Andrade por las calles de Buenos Aires. Apoltronado en su departamento de Maipú, con su bastón como cetro, el viejo rey lo adivinaba recorrer esas calles de Buenos Aires con la misma fogosidad con la que muchos años atrás él, Jorge Luis Borges, vuelto de una estancia europea, reconocía su ciudad natal como si la viera por primera vez. En la conversación con Borges, Andrade deslizó el sentimiento de nostalgia de los mexicanos, su imposibilidad para estar mucho tiempo desarraigados y la emoción que experimentaba al volver a la Ciudad de México, cada día más monstruosa y entrañable. Al entregarle el cuchillo y decir que los mexicanos, como los argentinos, eran hábiles en el manejo del arma, antigua como el hombre, Borges rendía homenaje a la imaginería mexicana que, desde los crímenes de la Santa Inquisición rescatados por Vicente Riva Palacio hasta la nota roja de los periódicos, registran los hechos de sangre protagonizados por el arma blanca. El puñal sueña su sencillo sueño de tigre, decía Borges.

¿Qué esperaba Borges que soñara el cuchillo en manos y tierra mexicanas? Su conocimiento de nuestra literatura se centraba en un universo llamado Alfonso Reyes. Seguramente no leyó a nuestro Guillermo Prieto, cronista de los cuchilleros de Anáhuac. Borges hubiera reconocido a sus malevos en las acciones de El Ronco, personaje del "Romance de la migajita", que clava su puñal en el cuerpo de la mujer que, aun así amante devota, paga el funeral de su heridor. El poblano José María Arrieta tradujo en sus lienzos las imágenes de Prieto. Como los gauchos, los léperos mexicanos

eran maestros cuchilleros, según pudo comprobarlo el ejército de ocupación estadunidense, tras la caída de la capital mexicana, en septiembre de 1847. Al español Niceto de Zamacois, explorador de la historia y de los bajos fondos del México del siglo XIX, se debe el rescate de una estrofa entonada por un cuchillero del barrio de la Palma, famoso por sus curtidores y sus matones:

Lo digo quedito y recio;
Que para eso el jierro traigo;
Quéranme, pues, todititas,
Y no chisten sus amasios.

Borges hubiera amado la estrofa anterior, pues podía haber sido firmada por alguno de los copleros cuya savia alimenta el tronco llamado *Martín Fierro*. La figura del gaucho fue repudiada por la inteligencia liberal argentina del siglo XIX como símbolo de la barbarie frente a la anhelada civilización. Sin embargo, el hombre de pensamiento no puede evitar su simpatía por la fuerza primitiva de esa criatura que ha decidido ser uno con la naturaleza, jugar con sus propias leyes, incontrolables y despiadadas. Domingo Faustino Sarmiento hace la anatomía de Facundo Quiroga para justificar sus ideas y termina cautivado por la figura romántica de ese ser indomable. Borges tampoco quería hacer la alabanza del compadrito, y no era tan ingenuo como para quedarse exclusivamente con el superficial sentido fol-klórico del gaucho de aparador. Por el contrario, en un diálogo con Ernesto Sábato, Borges sostenía: "Martín Fierro es un desertor que deleita a los militares. Porque el *Martín Fierro* es la historia de un desertor. Pero si usted le dice eso

a un hombre de armas, se indigna... He dicho, sí, que proponer a Martín Fierro como personaje ejemplar es un error. Es como si se propusiera a Mac-beth como buen modelo de ciudadano británico, ¿no? Como tragedia me parece admirable; como personaje de valores morales no lo es."

Al criollo que Borges llevaba en la sangre se deben su pasión por el cuchillo y su secreto deseo de morir en un duelo o al menos de carnear o marcar al adversario: "Confesaré que no suelo oír *El Marne* o *Don Juan* sin recordar con precisión un pasado apócrifo, a la vez estoico y orgiástico, en el que he desafiado y peleado para caer, al fin, silencioso, en un oscuro duelo a cuchillo." Borges no murió en un duelo a cuchillo, pero experimentó la emoción a través del personaje Dalhmann de "El Sur", cuando recibe una daga de manos de un misterioso y fatal donador: "Dalhmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran." El verso final y más afortunado de "Poema conjetural", donde agoniza el doctor Francisco Narciso de Laprida, habla de "el íntimo cuchillo en la garganta", esa entrada profunda de metal en la carne, que en ese instante pone en el mismo nivel de intensidad a la vida y a la muerte.

Si son ciertos los versos del poema "El Golem", en el cuchillo de Borges se resumen todos los cuchillos. Éste es el cuchillo con el cual el tape Burgos intenta segar la vida de don Segundo Sombra desde el principio de la novela; es también la daga ofrecida por la Lujanera, rechazada por Rosendo y recogida por quien lleva la

voz en "Hombre de la esquina rosada", voz que se hace carne y finalmente castiga la soberbia del Corralero; es el metal que afilan con paciencia los hermanos Iberra, "flor de los cuchilleros"; es el cuchillo que custodia las ánimas de Juan Muraña, Jacinto Chiclana, Tadeo Isidoro Cruz.

Tras rescatarlo de su escondite, decidí colocar el cuchillo en un lugar donde estuviera a la vista pero al mismo tiempo custodiado. Rodolfo González de León, maestro enmarcador, comprendió mis temores y los tradujo en una caja cubierta por un cristal. Una fotografía de Borges y el cuchillo, sujeto por alambres, quedaron como binomio del hombre que sueña un cuchillo o de un cuchillo que sueña a un hombre. Ahora que redacto estas líneas, no sé decir con precisión si el cuchillo estaba sobre la fotografía de Borges o si su lugar estaba bajo ésta. Un vidrio permite la contemplación de ese disfraz del tigre.

Un último enigma: en aquella única entrevista, Borges dijo a Andrade que los mexicanos sabían utilizar impecablemente los revólveres, pero que él no tenía por desgracia uno para obsequiárselo. Le dio en cambio un cuchillo, callado homenaje a la batalla de Junín, en que no se disparó un solo tiro. Tributo, también, al silencioso heroísmo del general mexicano Tomás Mejía, que murió sin proferir una palabra y amaba las cargas al arma blanca. Un texto de Borges, como siempre, aclara y provoca nuevos misterios. La mañana del 22 de noviembre de 1963, en la ciudad de Dallas, un trozo de metal segó la vida de uno de los soñadores más entusiastas del siglo XX. Con su clarividencia de profeta, Borges supo hallar las analogías entre ese metal acelerado salido de la boca

de fuego y la eficacia silenciosa del cuchillo. Que sus palabras rubriquen esa milonga del arma blanca que fue, en conjunto, la obra de un Borges que creyó en el heroísmo de la muerte.

IN MEMORIAM J.F.K.

Esta bala es antigua.

En 1897 la disparó contra el presidente de Uruguay un muchacho de Montevideo, Arredondo, que había pasado largo tiempo sin ver a nadie, para que lo supieran sin cómplices. Treinta años antes, el mismo proyectil mató a Lincoln, por obra criminal o mágica de un autor, a quien las palabras de Shakespeare habían convertido en Marco Bruto, asesino de César. Al promediar el siglo XVII, la venganza la usó para dar muerte a Gustavo Adolfo de Suecia, en mitad de la pública hecatombe de una batalla.

Antes, la bala fue otras cosas, porque la transmigración pitagórica no sólo es propia de los hombres. Fue el cordón de seda que en el Oriente reciben los visires, fue la fusilería y las bayonetas que destrozaron a los defensores del Álamo, fue la cuchilla triangular que segó el cuello de una reina, fue los oscuros clavos que atravesaron la carne del Redentor y el leño de la cruz, fue el veneno que el jefe cartaginés guardaba en una sortija de hierro, fue la serena copa que en un atardecer bebió Sócrates.

En el alba del tiempo fue la piedra que Caín lanzó contra Abel y será muchas cosas que hoy ni siquiera imaginamos y que podrán concluir con los hombres y con su prodigioso y frágil destino.

El enigma del otro

A Frédéric-Yves Jeannet

I

Mi primer y último encuentro con René Hargous tuvo lugar en los jardines del Palais Royal. Su cojera incipiente, huella de su paso por la resistencia francesa, avanzaba tan digna como el sol empeñado en atravesar las nubes pesadas de noviembre. El espacio abierto de la explanada me permitió saber que se trataba del viejo profesor de Nanterre desde el momento en que la distancia y la neblina consintieron en hacer reconocible su andar cansino y melancólico.

A pesar del frío, Hargous se empeñó en caminar; cruzamos varias veces en ambas direcciones el puente Alexandre III en medio de una neblina que amortiguaba luces y sonidos sobre el Sena; comenzaba a oscurecer cuando continuamos hasta el refugio de Hargous en el corazón de Saint-Dennis. Mediante preguntas breves y certeras, por el trayecto se había encargado de saber todo acerca de mí. Yo le contestaba aún con la confusión y la torpeza del que se sabe privilegiado: René

Hargous me había concedido una entrevista desde la primera petición, cuando había estudiantes que ni siquiera podían obtener su número de teléfono. Cuando balbucí lo honrado y agradecido que me sentía por esa oportunidad, me miró con malicia.

—*Vous êtes mexicain, n'est-ce pas?*

Cuando iba a contestarle que sí, se adelantó:

—"*Cette idole, yeux noirs et crin jaune, sans parents ni tour, plus noble que la fable, mexicaine et flamade.*"

Como lector ferviente de Rimbaud, no me fue difícil reconocer en sus palabras el principio del poema "*Enfance*". Tras la cita, Hargous me miró fijamente a los ojos y tornó a caminar con su paso rápido, a pesar de la cojera. Entramos en un café de la Rue du Jura donde Hargous parecía ser de casa, pues los meseros y la mujer de la caja se desvivían por atenderlo. Tras pedir coñac y café me explicó:

—Alquilo un cuarto en este hotel. Vivo en las afueras, pero mi mujer es enemiga de los libros. Cuando me dio a elegir entre ella y mis papeles, decidí traerlos a este refugio y creo que no existe mejor lugar. El Hotel du Jura es el más favorecido por las prostitutas del rumbo, así que la analogía es impecable: como alguien vio muy claramente, las prostitutas y los libros se parecen en que podemos llevarlos a la cama.

Con el coñac, el café y la conversación, el frío retrocedía paulatinamente. Seguía escuchando al viejo profesor, ya no a través de sus libros o de su leyenda. Hargous era un profesor-escribidor —él mismo se empeñaba en aplicarse el nombre en ese orden— considerado por sus colegas anacrónico y poco científico, aunque no podían negar el éxito de sus clases: nadie como él era capaz de

hablar sobre literatura francesa del siglo XIX y establecer toda clase de analogías; era insuperable en su vehemencia para representar frente a la clase, como si estuviera en un escenario, fragmentos dramáticos de Victor Hugo, la agonía de Emma Bovary o un poema en prosa de Baudelaire. No informaba: formaba o, mejor todavía, deformaba, provocaba una alteración incurable en el alma de sus estudiantes y los obligaba a cuestionar hasta la raíz el motivo por el cual habían ingresado a una facultad de letras. El número de sus alumnos variaba de semestre en semestre y dependía del grado de alcoholismo en que se encontrara o de la tolerancia de la administración escolar. Podían ser tres o quinientos alumnos; Hargous daba clase con una pasión idéntica, seguro, finalmente, de que lo hacía como homenaje a la propia literatura y no para un grupo de alumnos a quienes trataba de disuadir —la mayoría de las veces inútilmente— para que abandonaran la carrera. Desde hacía veinte años venía escribiendo un libro sobre Rimbaud cuyos avances en revistas especializadas lo anunciaban como uno de los libros más importantes e innovadores sobre el poeta. Mientras comparaba la leyenda con el hombre real que se hallaba frente a mí, soltó una pregunta:

—¿Quiere saber?

Aun si hubiera preguntado "¿Qué es lo que desea saber?", no habría podido responderle. Hargous lo sabía, naturalmente, y se apresuró a contestar por mí:

—Usted es joven y cree en los mitos...

Me quedé esperando el resto, pero ya el coñac hacía efectos devastadores en Hargous.

Dejó de mirarme y volteó hacia una pareja que a duras penas se sostenía de pie mientras intentaba bailar

al compás de una pieza del radio del bistró.

—Etiemble, más que nadie, creyó en el mito... Mrs. Starkie... yo mismo. Pero Ernest Delahaye mintió, como después lo hicieron la hermana Isabelle Rimbaud, Patterne Berrichon, ese bandido que engañó al propio Claudel. La bola de nieve fue en aumento. Nada podía detenerla...

De pronto, en uno de esos arranques que ya se me hacían familiares, lanzó una gran carcajada que lo traía de vuelta al mundo, al otoño parisino, al hotel de la Rue de Jura donde tenía su verdadera casa. Pasó a preguntarme por algunos amigos mexicanos y me pidió que le hablara sobre mi proyecto de tesis. Con entusiasmo le expliqué mi interés por encontrar la posible influencia de Rimbaud en los modernistas mexicanos, tomando como base una carta de Amado Nervo a Luis G. Urbina —que había encontrado entre las páginas de una primera edición de *Perlas negras*—, en la que el primero exaltaba el entusiasmo que le había provocado el descubrimiento de *Le bateau ivre.* La idea pareció gustarle, me hizo dos o tres preguntas más, tomó de un solo trago su quinto coñac y me dijo:

—Vamos cinco a dos, pero no importa. Quizás yo necesite más para decirle lo que sigue. Venga conmigo y traiga la botella.

El coñac parecía dar a Hargous una agilidad insospechada. Su andar cansado desaparecía al ascender por los escalones de madera, rechinantes y vencidos. Nos cruzamos con un par de marineros borrachos que se apresuraron a saludarlo:

—*Bon soir, le professeur.*

Aprendía poco a poco a querer a Hargous. Des-

preciado por sus colegas y su mujer, tenía en cambio la solidaridad de malhechores, prostitutas y cantineros que en la definición del artículo lo retrataban a la perfección: *el* profesor. Ya en su pequeño cuarto, hizo a un lado una pila de libros, me señaló el sillón y él se sentó al borde de la cama. Exploró el interior de un viejo portafolios de cuero y me alargó un papel: era el boleto, decolorado, de una compañía naviera francesa: un pasaje para salir del Havre, con destino final en el puerto de Veracruz. El nombre del pasajero: Jean-Arthur Rimbaud. Sin alterar la postura en la que se hallaba, consciente del asombro y el desconcierto que seguramente yo no ocultaba, Hargous me entregó una fotografía.

—Ésta es la segunda parte.

Sobre el papel sepia manchado por las moscas aparecía una mujer de unos cuarenta años, de pelo muy rubio y ojos oscuros, vestida con un sencillo traje negro de principios de siglo. En la mano derecha sostenía un paraguas y a sus espaldas se levantaba una casa de tres niveles con balcones altos y estrechos. En la parte inferior, con tinta blanca, podía leerse: Vitalie R.

—Imposible —dije— que ésta sea Vitalie, la hermana de Rimbaud. Ella murió antes de cumplir veinte años y esta mujer parece mayor.

—En las tres ocasiones tiene razón. Le corresponde encontrar el resto.

—¿Y cuál es el resto?

Otra vez Hargous necesitó beberse de un solo trago su coñac.

—¿Recuerda una carta, escrita en inglés, que Rimbaud envía al cónsul de Estados Unidos en Bremen, el 14 de mayo de 1877?

—Por supuesto. Es aquella donde Rimbaud declara ser desertor del ejército francés y solicita ingresar a la marina norteamericana.

Hargous me miró con la benevolencia del profesor que obtiene la contestación afortunada. Se incorporó para sacar de su archivero una carpeta con fotografías. Sobre la cama colocó dos: el célebre retrato hecho por Carjat en 1871, donde Rimbaud aparece con la mirada desafiante, los labios apretados, dispuesto a ser el Satán adolescente de París; en el otro, tomado trece años más tarde en Abisinia, el poeta se encuentra ya convertido en explorador y negociante, ataviado a la usanza egipcia, quemado por el sol, prematuramente envejecido. Le dije a Hargous lo que pensaba al comparar ambas fotografías:

—Es otro, completamente. "*Car je* est *un autre.*"

—Usted mismo lo dice, no yo. Nadie puede llevar a las consecuencias que conocemos un intento inicial tan desgarrador y tan inolvidable como el de Rimbaud.

—Es la tesis central de los artículos que usted ha escrito y supongo que es el tema de su libro: Rimbaud el otro, el negociante, el que, como una consecuencia natural, debe renunciar a la poesía; había vislumbrado el futuro de su propia escritura y, de allí, de todas las escrituras posibles. Él quiso escribir de otra manera, con todo el cuerpo, aunque eso supusiera la renuncia, la poesía por delante de la acción, la vida misma.

Hargous me miraba desde lo más profundo de su desencanto:

—Yo también hablaba como usted. Ese libro del que tanto hablan nunca va a salir. No tengo ninguna de las páginas del manuscrito. Lo único que me queda

—me quedaba, porque ahora son suyos— es ese boleto y la fotografía que sostiene en la mano.

—Pero su material... su libro... el propio Etiemble y la señora Starkie dijeron que será el mejor Rimbaud que nadie haya escrito.

—Quizás, si no hubiera descubierto los papeles que ahora le cedo. Los papeles y otras cosas que tal vez usted comprenda mejor que yo.

—¿Qué otras cosas?

Hargous dio una intensa fumada al Gaulois que casi le quemaba la punta de los dedos. A pesar de lo que había bebido, su voz pareció aclararse cuando, siguiendo con sus ojos la trayectoria del humo, expresó:

—El que aparece en la fotografía de Abisinia no es el mismo que en 1871 llegaba a Comuna para sufrir su primera gran desilusión ante la vida que más tarde se encargó de replantear como nadie.

Cerró los ojos y se recostó en la cama. Yo también estaba cansado y eso me ayudó a no atreverme a decirle que sus palabras no pasaban de ser un lugar común de la bibliografía rimbaudiana. Cuando volví a mirarlo, Hargous ya roncaba. Le aflojé el nudo de la corbata, le quité los zapatos y me senté a tratar de terminar mi copa.

Cuando me despertó la luz del sol a través de la celosía, Hargous no estaba en el cuarto. La mujer que atendía el café me entregó un sobre. Dentro había un mensaje en el que Hargous se disculpaba por haberse ido; no había querido despertarme y debía volver a Choisi-le-Roi. Los otros dos papeles eran el boleto de barco y la fotografía de la mujer.

Los días siguientes traté de localizarlo en su departamento de Choisi-le Roi. Mi última tarde en París

lo busqué en el Hotel du Jura, pero tampoco tuve éxito. Tres meses después de mi regreso a México, por una amiga mutua me enteré de que habían encontrado a Hargous muerto por congestión alcohólica en el mismo cuarto de hotel donde habíamos hablado.

II

Ni siquiera terminé la redacción del primer capítulo de mi estudio. Entré a trabajar en la Biblioteca Nacional y poco a poco, sin darme cuenta, el polvo fue acumulándose misericordiosamente sobre mis proyectos, del mismo modo en que lo hacía sobre los incunables, las estatuas y los propios lectores que acudían al antiguo Convento de San Agustín. Cuando se hizo el cambio de la biblioteca a las nuevas instalaciones al sur de la ciudad, el director decidió que yo fuera uno de los que permanecieran en el edificio antiguo, donde quedaría parte del fondo reservado. Me alegré porque me había acostumbrado paulatinamente a vivir en ese edificio donde el tiempo parecía no transcurrir.

Podía decirse que todo marchaba sobre ruedas: con la misma parsimonia con que tomaba mi café durante la media hora que la biblioteca nos concedía diariamente, siempre en la misma mesa y en la misma silla, contemplando la misma fachada del mismo convento ocupada por palomas cuyos hábitos ya eran para mí familiares, había llegado a la conclusión —y no me dolía más— de que nunca terminaría mi trabajo sobre Rimbaud simplemente porque no tenía los alcances para emprender una obra original. Los siete años transcu-

rridos entre mi conversación con Hargous y el presente habían logrado borrar todo remordimiento; en cambio, gozaba de una secreta soberbia al escuchar a investigadores jóvenes e impetuosos hablar sobre proyectos desmesurados. En el fondo deseaba que su fracaso fuera aún más estrepitoso que el mío.

Todo hubiera podido seguir así, pero mi memoria fotográfica se encargó de llevarme por otros rumbos. Una mañana el director me encomendó ir a casa de un anticuario que necesitaba identificar a algunos personajes en una colección de litografías que habían llegado a sus manos. Ricardo Pérez Escamilla vivía en el corazón de la colonia Santa María la Ribera; su casa, construida a principios del siglo XX, no admitía ninguna intromisión del presente: desde que él en persona abría la puerta, desaparecía la ciudad de los años ochenta y se ingresaba en un tiempo amortiguado por alfombras, tapices, cuadros y muebles de época.

Me dejó en su biblioteca —pequeña, nutrida y ordenada—, donde trabajé toda la mañana en la colección de litografías. Era un álbum impreso en Italia que representaba a los principales caudillos de la Independencia mexicana. Por la tarde, cansado del trabajo, me levanté de mi lugar para asomarme por la ventana. En la acera de enfrente podía mirarse claramente la manera como había evolucionado la colonia Santa María: al lado de una construcción de cantera, adornada con frisos y mascarones *art nouveau*, una panadería, luego una funeraria, un taller mecánico. Y la casa.

No tuve que pensar dos veces dónde había visto antes ese edificio de tres plantas, de balcones estrechos y altos. La tarde siguiente volví a casa de Pérez Escami-

lla, ya con la fotografía que Hargous me dio la noche de nuestra conversación. La coloqué a la altura de mis ojos y la casa real, frente a mí: como un pantógrafo que la reprodujera en otra escala, en otro tiempo, la realidad iba dando testimonio de lo que la plata y la gelatina habían fijado en el papel. Sólo faltaba en ella la mujer vestida con el sencillo traje negro de principios del siglo XX.

Cuando esa tarde Pérez Escamilla volvió a su casa, le entregué su colección de litografías. Estaba feliz de que yo hubiera logrado identificar a la mayoría de los personajes. Gracias a su biblioteca, había podido además establecer la probable iconografía utilizada por el litógrafo para hacer su propia versión. Mientras le expresaba mi esperanza de volver a trabajar algún día con él, buscaba la manera de hacerle la pregunta. Casi sin darme cuenta, lo obligué a que me siguiera hasta la ventana y dije:

—¿Sabe usted de esa casa?

Me di cuenta de que la manera de plantear la pregunta era semejante a la de Hargous. No le preguntaba *qué* sabía, sólo daba por hecho que conocía su historia.

—Ah, la casa de los franceses.

Me estremecí. Quise ver en sus ojos el mismo brillo que animaba los de René Hargous al tejer sus conjeturas. Continuó:

—Llevo toda mi vida en la Santa María dedicado a estudiar hasta la última piedra de esta colonia, a rastrear la huella de sus habitantes, pero la casa de los franceses —de estos franceses— ha sido uno de los cotos que tengo vedados. La tengo frente a mí y es imposible pasar a su interior.

—¿Está habitada?

—No sé. La única persona que de vez en cuando sale es una sirvienta —también francesa— que se crió junto con la señora. Debe ser sorda y medio ciega porque nunca responde cuando la saludo. Alguna vez quise decirle que de niño yo solía entrar en esa casa.

La noche había caído sobre la colonia Santa María. El bullicio de los niñas que salían de la secundaria vespertina, el ruido de los camiones, el silbato de los trenes en la vecina estación de Buenavista hacían más inverosímil y más fuera del tiempo la casa de los franceses, la conversación con Pérez Escamilla.

—¿Y nunca ha visto luz en esa casa?

—No desde hace tiempo, pero no es raro porque la casa es enorme. Así como es estrecha en el frente, tiene mucho terreno de fondo. Además, desde la muerte del señor, sólo se ocupan las habitaciones del fondo.

—¿Cuándo murió el señor?

—La verdad no sé. Incluso cuando te digo que murió es porque simplemente lo supe. Ya ves, ni siquiera sé decirte si la hija vive.

—Luego el señor y la señora...

—Eran padre e hija, sí. A él lo vi siempre de espaldas, trabajando en su despacho; de niños, mi primo Pablo y yo llegamos a meternos en esa casa ahora sí que hasta la cocina. Ella era una mujer extraña: su pelo muy rubio, casi platinado, pero sus ojos muy negros. Parece que su madre era egipcia o turca. La señora Vitalia...

—Vitalia... ¿Se llamaba Vitalia?

—Bueno, no exactamente. Ella nos pedía que la llamáramos así. Cuando le dábamos las gracias en francés por los dulces que siempre nos obsequiaba, nos respondía: *"Non, pas Vitalie; dites-moi* Vitalia *dans votre espagnol."*

Como si quisiera interrumpir de golpe la conversación, Pérez Escamilla estiró los brazos, se incorporó rápidamente y de uno de sus estantes sacó un enorme conjunto de pliegos encuadernados en negro. Sin darme tiempo a preguntarle qué era, me dijo:

—Esto era de mi padre, que fue administrador de la aduana de Veracruz durante muchos años.

Ya en la calle, ninguno de los dos pudo dejar de mirar la casa de los franceses, con todas las luces apagadas. Quería irme inmediatamente, pero Pérez Escamilla hablaba entusiasmadamente sobre las litografías de Claudio Linati en *El Iris*. Mientras le daba la mano para despedirnos, le dije:

—Una última pregunta. ¿Cuál era la profesión del padre?

Pérez Escamilla me contestó, como si mi pregunta fuera absolutamente elemental:

—Escritor.

III

El tacto predomina sobre los demás sentidos. Cerrados los ojos, mis párpados son suficientes para detener esa cortina naranja con la que el sol invade todo el cielo. Qué diferente esta playa a la penumbra húmeda de la aduana de Veracruz. "Lo mejor es estar tirado, ebrio, sobre la arena." Bien lo supo. Hacer las cosas antes de anunciarlas, me repito mientras trato de incorporarme y mirar la palapa de Mocambo, que parece más lejos que hace una hora, mientras la botella de tequila que tengo junto a mí me aguarda, ya casi vacía. Apuro el último trago. ¿Cuándo empezó esta historia? ¿Real-

mente se inició aquella tarde de octubre en que, aún adolescente, descubrí simultáneamente los versos y las fotografías de Rimbaud y desde entonces me empeñé en descifrar la existencia más ejemplar y terrible de la poesía? El aire helado de aquel otoño y la brisa caliente del puerto son tan diferentes como Charleville y Etiopía. Y bueno, las cosas no pueden ser de otra manera. Lo supe cuando, cargando hasta Veracruz con el legajo que me prestó Pérez Escamilla, antes de buscar un hotel fui directamente a la aduana de Veracruz. En una mesa del café del Hotel Diligencias había llegado a la comprobación del teorema iniciado por Hargous, complicado por Pérez Escamilla y resuelto por mí: tras el intento frustrado por ingresar a la marina estadounidense, Jean-Arthur Rimbaud se había embarcado hacia América —de acuerdo con el boleto que Hargous me dio— el 19 de abril de 1878 en el vapor Legrand, el cual —según constaba en los archivos de la aduana de Veracruz— había llegado al puerto mexicano el 21 de junio del mismo año. La mentira de Ernest Delaye, el mejor amigo de Rimbaud, a la cual Hargous se refirió en medio de su embriaguez, había sido el inicio de una gran conjura elaborada por la familia Rimbaud, con Mme. Vitalie a la cabeza: Jean-Arthur nunca cambiaría; era pues necesario buscar otro hijo, *hacer* otro. Ya Fredéric, el hermano mayor de Arthur, la había medio matado de un coraje cuando decidió vender diarios en la plaza ducal de Charleville y cuando le confesó que su máxima aspiración en la vida era convertirse en carretonero. Las cartas africanas del otro Rimbaud comienzan en noviembre de 1878 y concluyen en 1890. Como todo mundo ha visto, es otro Rimbaud; en las fotografías que

se conservan, físicamente nada está más lejano del adolescente pálido y de ojos azules que llegó al París de la Comuna; por lo que se refiere a las cartas, en ninguna hay alución a la literatura ni a la existencia pasada. Y no la hay porque quien escribió esas cartas no era el escritor, sino el hijo que siempre había deseado Vitalie madre: trabajador, burgués, comerciante. Mientras el otro, el nuestro, se embarcaba para América, tenía una hija y se instalaba en un barrio de alguna manera anclado en la vieja Europa.

Ahí se interrumpía la historia. El único que podía continuarla yacía tres metros bajo tierra. Tal vez debería pararme, comprar otra botella de tequila. Sólo permanece el mar. Si abro los ojos, allí estará una gaviota, la palmera que me cubre con su sombra. Pero nada de eso perdura. Si pudiéramos permanecer siempre así, en una metáfora, acaso la poesía no tendría razón de ser o sería patrimonio de todos. Menos versos y más poesía, una poesía por delante de la acción, ¿no es lo que anhelaba el propio Rimbaud? Me dejaré llevar por este sol, por este mar y este viento que me devuelven el reino de la infancia. Qué lejos ahora aquella mañana en el Palais Royal, la declaración de Hargous, el retrato de la mujer de labios delgados manchados por las moscas. Sin abrir los ojos, miro el viento que riza el mar. Sueño. Conozco las profundidades abismales del océano donde la luz adquiere su verdadero nombre, conozco el secreto de los crepúsculos mientras un adolescente feroz gime en las galeras de su propio navío, capitán traicionado por el tiempo, monarca de los hombres. Llega a mi olfato un París maloliente con calles que pululan de leprosos y apestados, miro la aguja verde pálida de Saint Germain-

des-Pres y a sus puertas, filas de mendigos que esperan la sopa de los pobres. En los sótanos del castillo de Meung, un poeta criminal pasa las cuentas de un rosario invisible para marcar los días que lo separan del sol y el canto de los pájaros; por mi camino se cruzan una negra altiva y un dandy que aspiran el perfume de alcantarillas y callejones en pos de la alquimia que dará las flores más espléndidas. Siento en mi boca el sabor de la tierra mojada y sé que estoy en Boston, en mi saliva el acre sabor de la agonía; estoy tras las barricadas de la Commune, soy fusilado en el muro del cementerio Père Lachaise; estoy en un cuadro de Jean-Louis David, siento mis manos alrededor de la garganta de Thiers y escalo hasta la cima de Colônne Vendôme, antes de que caiga entre los gritos de júbilo de la muchedumbre. Vago por las calles de un Londres fantasmal, camino junto a dos figuras cadavéricas que traspasan la puerta marcada con el número 8 en Great College Street. Estoy en la Biblioteca Nacional de París, reviso la caligrafía de Jean-Arthur Rimbaud, memorizo la D parecida a una cebolla cambray o un espermatozoide, reconozco la A mayúscula en los autógrafos. Camino con Hargous por el puente Alexandre III, estoy en la biblioteca de Pérez Escamilla, frente a la casa de los franceses. Todos son caminos, puertas que se han abierto al conjuro de imágenes perdidas. Estiro la mano para tomar la botella: esta realidad quemante y concreta es la única. Sólo es verdad este presente que el tequila tensa, afina, perfecciona. De la bolsa de mi camisa saco la fotografía de la mujer y el boleto de barco. Los hago rollo y los hago entrar por la fuerza en la botella de tequila. La cierro. Giro rápidamente, con el brazo extendido y la mirada

fija en una gaviota que planea sobre mi cabeza. La botella es por unos instantes compañera de vuelo de las aves antes de caer al mar, rumbo a los manchones de aceite, los barcos de carga, los escupitajos y los orines de los estibadores. Por ahora, una cerveza helada me va a salvar la vida.

UN PARAGUAS Y UNA MÁQUINA DE COSER, DE VICENTE QUIRARTE, FORMA PARTE DE LA COLECCIÓN LA ESCRITURA INVISIBLE, DIRIGIDA POR ALBERTO VITAL. SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA CIUDAD DE MÉXICO EL MES DE AGOSTO DE 2010, EN LOS TALLERES DE EDITORIAL COLOR S.A. DE C.V. CALLE NARANJO 96 BIS STA. MARÍA LA RIBERA MÉXICO, D.F. DEL. CUAUHTEMOC EN SU COMPOSICIÓN SE UTILIZARON TIPOS JANSON TEXT 55 ROMAN Y JANSON TEXT 56 ITALIC. LA EDICIÓN ESTUVO AL CUIDADO DE JUAN GUILLERMO LÓPEZ Y EL EQUIPO DE EDITORIAL TERRACOTA.

LA ESCRITURA INVISIBLE

15. Órdenes superiores
Alberto Vital
16. Letras en la astrología
José Antonio Lugo
17. Mi cuerpo en tus manos
Rose Mary Espinosa
18. No me beses
Isabel Custodio
19. Cartas a mi fantasma
Edna Lieberman
20. Fantasmagorías
Alberto Ortiz
21. ¡Empatamos, Pilar!
Cuentos de futbol
22. Poesía imprescindible
Guadalupe Amor
23. Rumbo
Ricardo Pérez Montfort
24. Momentos cruciales
Alberto Vital
25. Las voces del cuerpo
Alberto Palacios Boix
26. El rey en Acala
José Martínez Torres
y Antonio Durán Ruiz
27. Telemaquia
Enrique Alfaro Llarena

¿Cuál es la línea divisoria exacta entre la crónica histórica y la ficción literaria?, ¿entre la obra de Froissart o Chastellaine y la de François Villon? *Un paraguas y una máquina de coser* es el camino que ha elegido Vicente Quirarte para averiguarlo. A lo largo de estas deslumbrantes páginas vemos desfilar lo mismo a doña Margarita Maza que a Marx y Rimbaud; a Thomas Mann y a López Velarde, en fin, a Borges y a Tomás Mejía. Y en esta fascinante exploración de lo que fue, de lo que pudo haber sido y de lo que tal vez sería vamos de la Noche triste a la devolución de su pierna a un Santa Anna en total decadencia. Con personajes, hechos y lugares reales, Vicente Quirarte nos lleva de la mano a la ficción literaria. Una aventura cultural y artística para recrearse constantemente.

EDITORIAL TERRACOTA

LA ESCRITURA INVISIBLE

www.editorialterracota.com.mx